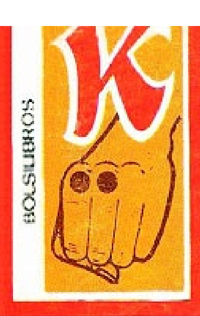



# ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

## ¡MISSES, A LA PASARELA!

Ericka lanzó unos golpes hacía el rostro del hombre que sólo eran kasumis, golpes de engaño que cumplieron su objetivo.

El fotógrafo quiso proteger su rostro de los golpes lanzados por las manos femeninas, mas, al protegerse en guardia alta, descubrió la guardia baja y allí no valía ninguna regla de honor.

Ericka había girado sobre sí misma apoyándose en la punta del pie izquierdo y soltó el tremebundo talonazo que fue directo a los genitales del fotógrafo, que quedó con las manos abiertas y blanco como la cera, incapaz hasta de chillar, dejando caer el gollete rufianesco que sostenía su mano.



Ralph Barby

# ¡Misses, a la pasarela!

**Bolsilibros: KIAI - 5**

**Bolsilibros: M. P. Savage - 2**

**ePub r1.1**

**xico_weno** 28.11.15

Título original: *¡Misses, a la pasarela!*
Ralph Barby, 1977

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





# COLECCION ¡KIAI!

## HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

# CAPÍTULO PRIMERO

—Ericka, date la vuelta.

Ericka, la esbelta sueca que hablaba un inglés entre gracioso y sensual, obedeció al fotógrafo.

Tenía encanto natural y su cuerpo resultaba de proporciones venusinas, pechos, cintura, caderas y redondeadas nalgas con unos muslos finos y largos.

Podía decirse que Ericka poseía la gracia de la joven moderna e independizada; sin embargo, quien charlaba un rato con ella comprendía que, además de hermosa, era inteligente y cultivada y, por supuesto, no era presa fácil de galanteos y difícilmente seducidle por el *Playboy* de turno.

—Ahora, haz un par de poses a tu propio estilo, a ver qué tal quedas —le dijo el fotógrafo profesional, un melenudo que tenía los ojos prendidos en la bella *Miss* Suecia, pues entre muchas otras suecas estilizadas, de cabellos de oro, Ericka había sido elegida *Miss* para competir con el resto de misses del mundo.

La joven dio unos pasos sobre el plato. Vestía un bikini color carne y unas gasas en forma de túnica que ella cambiaba de posición mientras con sus dedos estiraba la larga cabellera rubia y arqueaba su cuerpo.

A cada movimiento de Ericka se escuchaba un «clic» de la cámara fotográfica.

El sujeto que la movía parecía tener fobia al trípode, pues lo mismo se subía a una silla que se tiraba al suelo para lanzar sus instantáneas, tratando de reflejar siempre la perfección de la pose dentro de su propio movimiento, aunque ello pareciera una paradoja o una contradicción, como buscar la cuadratura del círculo.

—Ericka…

—¿Qué? —preguntó ella sin mirarle, moviéndose. No era una

novata actuando como modelo en los estudios de fotografía publicitaria.

—¿Por qué no dejas que te haga unas fotos un poco especiales? Tú lo vales.

—No.

—Ahora te pago como a ninguna porque eres una recomendada.

—Tengo suficiente.

—Los que te protegen no se enterarían…

—Sé protegerme yo sola.

El fotógrafo había bajado la máquina y realmente estaba desnudando con su mirada a la joven *Miss* Suecia.

—Te pagaría muy bien —insistió.

—Basta.

La joven dejó de moverse, pero no parecía molesta. Daba la impresión de estar acostumbrada a que le hicieran proposiciones de aquella índole.

—Como *Miss* Suecia te podrían dar un buen fajo. Hay revistas en las que salen chicas que no tienen tu talla, que están a años luz de ser tan perfectas como tú, y se venden caras, como pan calentito. Un desnudo de calidad y a todo color es fácilmente vendible, por lo menos, a quince revistas diferentes. Conozco a uno que se encarga de la distribución y…

—¡Vete al diablo! Se terminó, creo que por hoy y para siempre. Ya me has hecho bastantes fotografías y yo me conformo con aparecer en un anuncio con un bote en la mano de lo que sea y que los dibujantes publicitarios se encargan luego de añadir sobre mi imagen. A veces me sorprendo yo misma de lo que anuncio y que no he probado jamás.

—Eso es lo de menos. Lo importante es que haya una belleza sugestiva, una mujer sensual que destaque, excite y provoque pasión y deseo.

—Sí, un deseo que pasa al producto que anuncio y que el imbécil que ha estado mirándome termina por comprar, no importa que sea un bote de papillas o una lata de cerveza, total para complacer inconscientemente su deseo insatisfecho.

—Hablas demasiado inteligentemente; cualquiera diría que eres una psicóloga y eso es un problema. No es bueno que una chica tan bella y sensual como tú se las dé de inteligente, claro que a mí no

me importa, pero a muchos *play-boys* sí que les importa.

—¡Allá ellos, allá tú! Anda, págame, que me largo.

—Espera —le pidió.

Dejó la cámara sobre una mesa, acercándose a la muchacha.

—No vayas a ponerte pesado —recomendó Ericka, suspirando con aire de cansancio.

Los ojos del fotógrafo, un sujeto algo más bajo que Ericka, pero que a través de la camiseta rayada en rojo que vestía, se veía fornido, ancho de espaldas y muy musculado, estaban pendientes de la joven y sus pupilas expresaban bien a las claras lo que estaba deseando.

—Mira, no suelo ponerme pesado con las modelos que vienen a mi casa, pero tú eres algo especial. A lo mejor, hasta me he enamorado de ti.

—Dúchate y punto.

Se alejó hacia su ropa mientras dejaba caer las gasas que habían servido de velos etéreos, insinuando intimidades más que ocultándolas.

—Es mejor que seas buena chica. Nadie va a enterarse, y te puedo dar a ganar mucho dinero.

—¿Ah, sí? ¿A qué juegas, a chulo de Pigalle? Desde que te conozco me ha dado la impresión de que eres un «macarra». En fin, esto se ha terminado. Dame los tres mil francos, que es el total de lo que me debes, y asunto resuelto.

—Conque tres mil francos, ¿eh?

Le soltó una bofetada que, sorpresivamente para el fotógrafo, un sujeto con algo más de treinta años, sólo golpeó el aire pasando por encima de la cabeza de la joven y esbelta Ericka.

—Estúpido, debería darte una lección —silabeó ella, con una sonrisa de desprecio.

—De mí no te ríes tú ni tu madre ni la parentela que te trajo al mundo —barbotó, ya perdidos los estribos—. Yo te enseñaré cuál es tu sitio.

—¿Ah, sí, cómo?

—¡Así!

Trató de cogerla con sus manos, pero recibió un par de *Shuto*

*Uchi* con los cantos de las manos. No eran *Chi Mei*, estaban muy lejos de ser golpes mortales, pero la cabeza de grandes melenas rizadas del fotógrafo fue sacudida de un lado a otro y sus ojos bailaron dentro de las órbitas.

—¡Maldita furcia! —rugió el fotógrafo, furioso por la pequeña lección.

Ericka se había retirado hacia atrás, buscando espacio para mover sus extremidades, tan largas como bellas y bien torneadas.

El fotógrafo quiso lanzarse sobre ella para derribarla con su peso. Así, una vez en el suelo, encima de ella, todo sería mucho más fácil.

Sin saber cómo, se encontró sobre la mesa derribando un montón de cosas que allí estaban. Mas, reaccionando a tiempo, evitó que la cámara de fotografiar cayera al suelo. Despacio, depositó de nuevo la máquina encima de la mesa. Su rostro se había ensombrecido y sin dejar de mirar a la muchacha, silabeó:

—Conque haciéndote la graciosa crees que te vas a librar de mí, ¿eh? Pues te equivocas.

—No seas idiota. Se me olvidó decirte que soy cinturón negro de Karate-Do y cinturón café en Judo. Hasta ahora sólo me he librado de ti; no te pongas pesado porque tendré que hacerte daño. ¿Entendido? —le dijo, como si se tratara de un niño al que le convenía ser obediente.

—¿Y piensas que voy a creerme eso? ¡Ja!, aunque fuera verdad, siempre me he reído de las chicas que hacen Karate o cosas por el estilo. Yo mismo he fotografiado a algunas y luego me he acostado con ellas. Por más Karate que sepa una mujer, no se libra de un tipo como yo. ¿Tú has visto alguna vez por la calle a un perro detrás de una perrita en celo? No hay quien le quite las ganas.

—Si tú mismo te consideras un perro, allá tú, pero yo no soy esa perrita indefensa, de modo que déjame en paz.

—Sí, pero luego, luego…

Continuó acercándose a ella, ahora con más precauciones, temiendo algún *atemi* que él podía considerar como golpe certero.

Pero la muchacha se movía con extraordinaria rapidez y se escabullía de los rincones como si estuviera danzando en un escenario. Lo hacía con elegancia, pero siempre colocando sus piernas y pies de modo que no pudiera perder el equilibrio al

efectuar el siguiente movimiento.

—Parece que sí sabes moverte, pero ya verás, a las mujeres que, como tú, os habéis presentado en un concurso de belleza, hay algo que os preocupa mucho, pero que mucho…

Asió una botella de coñac golpeándola luego contra la pared. El gollete quedó en su mano, mostrando los cristales cortantes y puntiagudos empapados en el licor.

—¿Qué te parecen unos cuantos cortes en la cara, en el vientre o la espalda? Si eres buena chica y sumisa, puedes librarte de unas cicatrices muy feas, de ésas que ni la cirugía plástica es capaz de disimular.

—Eres un idiota. Si me haces eso, tendrás problemas, desde la justicia a mi *manager*.

—¿Tu *manager*? Ése sí que es un proxeneta; podría contarte muchas cosas de él que te pondrían de punta esos hermosos cabellos que tienes; pero, no voy a perder el tiempo —le advirtió, aproximándose a ella con la botella rota por delante.

Ericka lanzó unos golpes hacía el rostro del hombre que sólo eran *kasumis*, golpes de engaño que cumplieron su objetivo.

El fotógrafo quiso proteger su rostro de los golpes lanzados por las manos femeninas, mas, al protegerse en guardia alta, descubrió la guardia baja y allí no valía ninguna regla de honor.

Ericka había girado sobre sí misma apoyándose en la punta del pie izquierdo y soltó el tremebundo talonazo que fue directo a los genitales del fotógrafo, que quedó con las manos abiertas y blanco como la cera, incapaz hasta de chillar, dejando caer el gollete rufianesco que sostenía su mano.

—¡Kiai! —Soltó Ericka, sacándolo de lo más hondo de su cuerpo.

El grito se elevó desde sus entrañas por el estómago, el corazón y los pulmones hasta la boca por donde había brotado con una fuerza de ataque impresionante al tiempo que, tras ella, todos sus cabellos se esparcían en el aire como una gran estela.

Lanzó un *Haito Uchi* doble, alcanzando las sienes de su enemigo.

Golpeó justo en los temporales del fotógrafo que se vino abajo como un saco de patatas, cuando aún no había logrado recuperarse del *tsurigane* que le había proporcionado con un golpe demoledor de talón.

Ericka aspiró hondo para llenar, intensa, pero lentamente, sus

pulmones de aire.

Cuando se hubo recuperado, se inclinó sobre el caído y le auscultó el corazón.

Se tranquilizó al comprobar que estaba vivo. Sabía que con aquel doble golpe en las sienes podía haberle matado, pero se había sentido acosada.

No había querido demostrarlo, pero los filos cortantes de la botella la habían asustado, había sentido verdadero pánico a que aquellos cristales le cortaran el rostro, dejándoselo marcado para siempre y quizá hasta asesinándola canallescamente.

Abrió el cajón de una mesa y de él sacó una cartera. Del interior de la misma extrajo unos billetes, que contó con cuidado, dejando el resto. Eran seis «sábanas» de quinientos francos, billetes capaces de hacer sonreír a cualquier comerciante nada más echarle el ojo.

Ericka se fijó después en la máquina de fotografiar. Se acercó a la pila, le puso el tapón e hizo que se llenara. Dejó la cámara dentro del agua y ésta comenzó a burbujear, desplazando el aire encerrado en su interior.

—Supongo que será inoxidable —se dijo, irónica.

Sin molestarse en cerrar el grifo, fue en busca de su ropa, un conjunto de casaca y pantalón de color verde claro.

Minutos más tarde, caminaba por una amplia acera iluminada de tramo en tramo por altas farolas. La noche estaba ya muy avanzada.

Junto al bordillo, infinidad de automóviles aparcados, formando casi una muralla entre los peatones y los coches que se desplazaban sobre sus neumáticos que giraban y giraban.

—Buenas noches, Ericka —la saludó una voz viril, agradable y de tono suave.

La joven sueca, que se había creído sola en aquella acera ancha e interminable de la noche de París, se volvió con rapidez. No comprendía cómo se le habían acercado con tanto sigilo que ella no se hubiera dado cuenta.

Unos ojos de color verde intenso estaban frente a ella.

El hombre era alto, por lo menos cinco pulgadas más que Ericka.

Era joven y tenía un rostro duro a la par que afable; sin embargo, tenía gran atractivo para las mujeres. Su mandíbula parecía muy resistente y el cabello era de un negro intenso, muy

abundante y lacio, algo largo por los costados, y lo llevaba cortado a la moda oriental.

—¿Quién eres? —preguntó, más sorprendida que asustada, pues no era fácil que Ericka se asustara.

—Moses Pacific Savage, con Savage basta.

—Pues, muy bien, Savage, y ahora dime: ¿de qué me conoces?

—Eres *Miss* Suecia, aunque supongo que habrá otras chicas escandinavas tan bonitas como tú.

—Supongo que sí.

Sin agresividad, añadió:

—Estás a punto de ser raptada.

—Conque raptada, ¿eh?

Ante aquella especie de noticia o advertencia, Ericka reaccionó con prontitud. Ya estaba harta de que su belleza fuera un motivo para que la atacaran continuamente, como si fuera vina perrita callejera en celo, según el fotógrafo del que acababa de librarse.

Sin preparación previa, apoyándose sobre el pie izquierdo, giró hacia la derecha un cuarto de vuelta.

Dobló su brazo izquierdo a la altura de sus hermosos y altos pechos y luego, disparó la mano apoyada por un movimiento de cuerpo en el mismo sentido hacia la izquierda.

Todo fue muy rápido y a cualquier otro sujeto no avezado a las artes marciales orientales, la budoka sueca le habría sorprendido, alcanzándole con aquel golpe que buscó con precisión la base de la nariz y parte superior del labio, por encima de los dientes, un *jinchu* necesariamente doloroso que podía poner a un hombre fuera de combate en un instante y que podía matar si se lanzaba el *kiai* correspondiente, que hubiera dado a la mano toda la fuerza del *Ki*[1] que poseía la muchacha.

M. P. Savage, ágil y flexible como un felino, se agachó a tiempo, sin tratar de frenar la fuerza del *atemi* de Ericka.

El canto de la mano femenina peinó su cabeza, pero no le causó el más mínimo daño, puesto que no hizo impacto en él.

Ericka quedó sorprendida. Un golpe como aquél, lanzado en forma inesperada, era casi infalible. Al mirar a aquel hombre que no podía negar era atractivo, hasta guapo, en mitad de la noche, en una calle solitaria donde sólo parecía haber coches y más coches, vio que le sonreía irónicamente.

Ericka hizo un par de *katate-kasumis* con su mano derecha y el codo izquierdo, pero lo que pretendía era impactar con su pie zurdo; mas, el golpe se perdió en el aire, lo mismo que un *atemi* de mano lanzado a la altura de las tetillas del hombre.

Éste se evadía de todos los golpes con una facilidad pasmosa, con movimientos circulares que recordaban el cortejo de un palomo mientras caminaba cerca de la hembra elegida, aunque mucho más rápido.

Había una agilidad felina en el hombre, pero carecía de agresividad y semejaba estarse burlando de la joven sueca.

Ericka ensayó unos cuantos *aterais* más sin resultado, pues todos los golpes de pie, talón, rodilla, codo y mano que había lanzado se perdieron en el aire.

Al final, tuvo que apoyarse contra la pared, jadeando. Había empleado un sobreesfuerzo para tratar de derribar a aquel sujeto que le había salido gracioso en mitad de la noche, mas todo le había fallado y no acababa de comprenderlo.

Ella sabía Judo y Karate; era cinturón negro en esta segunda modalidad de lucha y no de mentirijillas, para salir en una revista del corazón al uso.

—¿Tranquila ya?

—Lo que has empleado ha sido *Mushindo*, ¿verdad? —preguntó ella, todavía normalizando su corazón y pulmones mientras sus senos subían y bajaban rítmicamente.

—Sí, es *Mushindo*, el arte del Templo de Shaolin, pero no lo he empleado más que en su parte de fintas; podía haber aprovechado algunos de tus ataques para hacerte volar por encima de los coches.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Porque no era mi intención rozarte, siquiera. ¿O acaso te he tocado?

—He de confesar que no. Eres un verdadero demonio; había visto a alguien practicando *Mushindo*, pero no creía que pudiera aparecérseme alguien en plena calle que le superase. ¿Eres un budoka?

—Sí.

—¿Con sangre oriental?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Acaso tu madre era soltera y no supo quién era

tu padre?

—Supongo que tendría que enfadarme ahora, pero no voy a hacerlo. Mi nacimiento es una historia algo larga y complicada para soltártela, ahora, a la luz de la luna. ¿Vienes conmigo?

Ericka, ya recuperada del esfuerzo realizado, observó realista:

—Si has sido capaz de esquivar todos mis golpes de Karate, apelando sólo a una parte de lo que supongo sabes y me pides que te acompañe, con gentileza, debo admitir que eres un hombre que sabe controlarse. Si emplearas el

Kung-Fu

completo me darías una paliza en toda regla.

—Yo, a las mujeres, sólo os doy cierta clase de palizas.

—Vaya. ¿Y no recibes quejas?

—Hasta ahora, no, todas quedan satisfechas. Por cierto, si me permites un momento, luego me lo agradecerás.

—¿Dejarte, el qué?

—No temas, no te haré ningún daño. Estás tensa como un alambre. Tienes una técnica depurada en Karate, pero te falta relajarte algo, por eso te cansas tanto.

Le aplicó la mano izquierda sobre el abdomen, con la casaca abierta.

—¿Eh, qué haces?

—Nada malo, ya te lo he dicho. Confía en Savage.

Subió su mano derecha por la espalda femenina, como si le contara los huesos del espinazo, pero las yemas de sus dedos oprimían la piel buscando líneas de músculos y centros nerviosos.

Al final, el pulgar y el índice se situaron en la base de la nuca y allí se abrieron, ascendiendo en torno del occipucio de Ericka en un masaje suave, pero firme a la vez, al tiempo que la mano izquierda del hombre le relajaba los músculos del abdomen.

—¡Hum, Savage! —Runruneó, cerrando los ojos—. Eres un artista…

# Capítulo II

—Recuerdo bien que el día de la elección de *Miss* Monde-International, fui despertada por *madame* Clochard —explicó Ericka tumbada en el sofá cuan larga era, relajada y cubierta con un pijama sin ataduras, de color violeta morado, en el que habían estampadas multitud de pequeñas flores pensamiento, doradas.

En el saloncito había escasa luz; sólo una lámpara en un rincón brindaba iluminación indirecta a la estancia.

Sobre una piel de cebra estaba Moses P. Savage sentado en actitud pensativa sobre sus piernas cruzadas en postura de loto. Aparentemente, estaba en una *Padmasana* de Yoga.

Savage tenía los párpados casi cerrados, aunque no lo estaban del todo. Su cuerpo parecía completamente inmóvil.

Ericka miraba el techo oscurecido por la tenue luz y semejaba buscar en él las horas de su pasado, un pasado muy próximo, pero que por las múltiples vivencias habidas semejaba ya lejano.

«—*Madame* Clochard es una mujer de mucho mundo, elegante y hasta maternal en ocasiones. Ella me despertó dándome unos cariñosos azotes en el trasero. Creo que aquella noche había dormido con un sueño profundísimo. Recordaba haber tomado la leche de almendras con miel que me había servido la propia *madame* Clochard después de la cena. *Madame* se había cuidado de darnos un vaso de leche tibia a cada una de las Misses en competición, asegurando que era lo mejor para descansar profundamente. Y así había sido, porque todas, más o menos, coincidimos en que habíamos dormido como troncos.

—¡Arriba, arriba, hoy tenemos un par de recepciones, una de autoridades y otra de reporteros internacionales! —exclamó, para despertarnos—. Después, al anochecer, la gran pasarela… —Bajó el tono de su voz, haciéndola más confidencial, y me dijo—: Espero que tú seas la ganadora, Ericka.

—¡Hum! —Sonreí—. Eso se lo dirá a todas, *madame*.

—Bueno, he de confesarte que eso es cierto, Ericka. Yo os quiero a todas, por igual. Representáis diferentes tipos de belleza, pero todas sois hermosas, las mejores de cada país. Para mí sois como hijas grandes, hechas ya mujeres, pero hijas, al fin y al cabo.

—No es usted tan mayor, *madame* —le respondí, mirándola, tratando de adivinar en su rostro los años que realmente tenía, pues a ella no le gustaba hablar de sí misma.

—Gracias, Ericka, pero lo mío me cuesta mantenerme, lo mío me cuesta…

Se acercó a despertar a otras compañeras de competición.

»*Madame* Clochard poseía una gran amabilidad. Es agradable estar cerca de ella y alguna compañera, incluso, comentó que era como la madre que no había tenido y que hubiera deseado.

»Lo cierto era que *madame* Clochard, como coordinadora y aglutinadora de las Misses, nos llevaba estupendamente. No nos faltaba detalle y nos aleccionaba para que saliéramos airosas de cada situación.

»Se había comentado entre nosotras que *madame* Clochard tenía muchos e importantes amigos por todo el mundo, y que con su influencia se podían obtener verdaderas salidas para el cine, el teatro, el mundo de la revista y la fotografía.

»El día resultó redondo, todo salió según lo previsto en el programa de *madame* Clochard, que cuidaba que nada fallara.

—¡*Madame* Clochard, *madame* Clochard! —gritó una de las compañeras.

»Hubo tumulto y protestas; una de las chicas fue acusada delante de *madame* Clochard de llevar aditivos de látex para mejorar sus líneas anatómicas.

—Tranquilas, tranquilas, no pasa nada. Las que engañan nunca ganan —dijo afable, sin molestarse—. Yo lo sé muy bien. Esas cosas, a la larga o a la corta se notan y no ganan, os lo aseguro.

»Y *madame* Clochard tuvo razón.

»Habíamos terminado de enfundar nuestros cuerpos supuestamente perfectos dentro de los *maillots*. Éramos las representantes de cada país; un grupo de chicas con ilusiones y cada año distintas. Además, había que admitir que nuestro concurso de *Miss* Monde-Intemational no era la única competición para sacar

una *Miss* al uso.

—¡Misses, a la pasarela! —gritó *madame* Clochard, dando un par de palmadas.

»Focos, música, mucha gente, los *flashes* de los reporteros, emoción, sonrisas, todo se amalgamó aquella noche, y al final fue elegida la *Miss* Monde-Intemational que, por supuesto, no fui yo.

»Creo que salió elegida y coronada la representante de España, una joven de cabellos muy negros, belleza serena y ojos enormes. Había que admitir que era muy hermosa, aunque, según dijo *madame* Clochard:

—Todas merecéis ganar, pero sólo puede ser una y eso es suerte.

»Hubo lloros y desilusiones. Siempre quedaba el honor de ser la *Miss* de nuestros propios y respectivos países, pero no nos engañábamos y todas sabíamos que íbamos a ser un poco o un mucho olvidadas, que las atenciones principales serían para la ganadora.

»Había que digerir la derrota con simpatía. Los que acompañaban a las distintas Misses, al ver que sus pupilas no habían ganado, iban desapareciendo. A mí me dio la impresión de que todo estaba manipulado de antemano.

»En un fin de fiesta muy agradable, en el que todas conocimos a mucha gente, *madame* Clochard me presentó a un hombre sonriente. Era alto, se veía fuerte y hasta guapo.

—Ericka, te presento a Alain Borj. Es un *manager* de chicas con futuro.

—¿Qué clase de futuro, *madame*? —pregunté, algo recelosa, sin dejar de mirar el cabello rubio y los ojos azules de Alain Borj.

»Por un momento pensé que era el amante de *madame* Clochard. Él era más joven que ella, pero, además de los encuentros en la cama, podían unirles otros asuntos más comerciales.

—Eres realmente bella, *Miss* Suecia. La verdad es que todas los sois, pero tú tienes gancho.

—¿De veras? —le pregunté, poniendo entre ambos una copa de champaña y mirándole por encima de la burbujeante bebida.

—Alain puede proporcionarte buenos contratos —puntualizó *madame*.

—¿Contratos de qué?

—Pues, desde cine a fotografía publicitaria.

—¿Ah, sí, y no habrá algo más en todo eso?

—Por favor, Ericka, no seas tan desconfiada, eres una mujer moderna. Él te facilitará contratos limpios y en tu mano estará aceptarlos o no. ¿No es así, Alain?

—Exactamente. Yo la tengo en mi fichero, conozco a mucha gente y sé cómo obtener trabajo.

—¿Y qué piensas ganar tú en este negocio?

—El diez por ciento —me respondió Alain Borj, sonriente y con claridad, sin vacilaciones.

—¿El diez por ciento, sólo eso?

—Sí.

—¿Me lo he de creer?

—Haz lo que quieras.

—Puede que ganes algo más.

—Es posible —aceptó él.

—¿Cómo qué?

—Mira, yo proporciono las mejores chicas de todo el mundo; cobro el diez por ciento del contrato y, a cambio, lo que obtengo son más posibilidades de contrato.

»Cuanto más funcione mi archivo, más gano, ahí radica el truco. Simple, ¿verdad?

—¿Y si un determinado contrato no lo acepto?

—Pues, tan amigos, no estás obligada a nada. Yo te digo lo que hay y lo que van a pagarte; tú firmas o no firmas.

—¿Nada de *sex-shop*?

»Él me sonrió casi compasivo, como si estuviera mirando a una colegiala.

—Nada.

—¿Nada de fiestas para ejecutivos?

—Nada.

—¿Todo limpio?

—Diáfano. Si te conviertes en una rameruela, es problema tuyo, mi conciencia queda tranquila. Lo mío son contratos para fotografías publicitarias, extras para el cine, revistas para las que sepan bailar, caras bonitas para animar fiestas que son cosas en principio, pero nada de sexo. En las fiestas, en general, siempre

aparecen bellezas que casi nadie se explica cómo han sido invitadas.

—¿Y resulta que hay una agencia que las contrata para que asistan a las fiestas?

—Exacto. Se las alecciona brevemente con algunos nombres y, luego, animan la fiesta. Muchas tienen suerte y acaban casándose con alguien cargado de plata.

—Mi aspiración no es casarme con ningún viejo rico.

—Hay algunas que opinan lo contrario, pero eso tampoco es problema mío. Cuando quieren dejar de trabajar, rompo su ficha y en paz.

—¿Así de sencillo todo?

—Sí, sin trampa ni cartón. Mira, te daré una tarjeta mía…

»Me entregó una tarjeta en la que estaba su nombre y un número de teléfono. Después, *madame* Clochard tiró de él diciendo:

—Tengo que presentarte a algunas bellezas más.

—Espero que nos veamos, Ericka, todas no tienen salida como tú.

—¿He de enviarte fotos mías? —le pregunté, con ansias de que no se escapara.

—No hace falta, tengo fotos de todas.

»La aparición de Alain Borj dejó una esperanza en mí. No tenía deseos de regresar pronto a Estocolmo; quería vivir un poco el gran mundo, como todas las que habíamos participado en la competición de misses.

»Alain Borj podía darme trabajo; además era atractivo, tenía aires de muchachote deportivo.

»Al día siguiente, en la conserjería del hotel, encontré un sobre de Alain Borj.

»Dentro me dejaba una nota deseándome suerte y el recibo del pago de un mes de alquiler de un apartamento, aquí en París. El apartamento era minúsculo pero bien acondicionado. No podía pedir más, hasta tenía alojamiento pagado por un mes.

»También me facilitó un contrato para una serie de fotografías publicitarias; yo sólo tenía que presentarme ante el fotógrafo que me había contratado, no tenía problemas para subsistir. El dinero que ganaba no era para hacerse rica ni mucho menos, pero sí suficiente para vivir en París, que es decir mucho, teniendo en cuenta lo cara que está la vida en la Ville Lumière.

»Todo resultó como Alain Borj me había anticipado: Nada sucio. Me trataron muy bien y cobré en seguida.

»También recibí ofertas para hacer cine, aunque sólo en calidad de «cara bonita», nada de papeles principales. La verdad es que no he estudiado teatro y no podía pedir más, aunque creo que no hice mal mi papel.

»En el cine sí me ofrecieron más dinero por algunas colaboraciones extras. Eran rodajes de cine *cochón* y como no quería dedicarme a la cinematografía pornográfica, las rechacé.

»Por un momento, temí que quisieran encasillarme u obligarme a ese tipo de actividad, más no ocurrió así, no se molestaron aunque me rebajaron las posibilidades de hacer cine.

»Se lo expliqué a Alain una noche que salimos juntos y él me contestó que se encargaría de decirle unas palabritas adecuadas a los de los estudios que me habían propuesto hacer cine *cochón*, de cara a la taquilla de los *sexo-psicópatas*.

»Me agradó el comportamiento de Alain Borj, aunque le noté algo frío.

»Alain es muy interesante, muy amable, un hombre que atrae y al que se disputan muchas chicas; sé que dio empleo a otras misses como yo, pero luego es frío. No es que pretendiera llevármelo a la cama, claro que no; sin embargo, las mujeres tenemos una intuición especial para estos casos.

»Bueno, al fin y al cabo, lo que me interesaba de Alain Borj es trabajo, posibilidades de viajar y de ganar dinero como modelo fotográfica, nada reprochable.

»También he pasado modelos de vestidos como maniquí internacional. Hay una verdadera y feroz competencia en este mundillo de las caras bonitas y los cuerpos deseados. Gracias a estos contratos he hecho varios viajes a América del Sur e incluso a la Europa del Este. No puedo quejarme, en poco tiempo he vivido intensamente, por eso no entiendo que tú, Savage, vengas ahora a decirme que voy a ser raptada. No lo entiendo… ¿Dónde y por quién? —preguntó Ericka, mirando a M. P. Savage que había cambiado de postura, pasando de la *Padmasana* a la *Sirshasana* sin que ella lo notara. En aquellos momentos, su cuerpo estaba vertical, pero los pies arriba y la cabeza abajo».

## CAPÍTULO III

—Sí, sí, un contrato con dietas y viajes pagados en Salisbury, ya sabes, la capital de Rhodesia. En el aeropuerto encontrarás los pasajes del avión que sale dentro de tres horas. Debes darte prisa si aceptas, porque el tráfico te retrasará para llegar a Orly.

—Sí, sí, iré de prisa. ¿Dices que se paga doble por fotografía?

—Exacto —confirmó Alain Borj, a través del teléfono—. Con dietas y viajes, es un buen asunto. Después de todo, hoy día no hay distancias gracias a los aviones. Me han pedido una rubia escandinava y tú das el tipo exacto.

—¿Y qué tengo que anunciar en Rhodesia?

—No sé, algo para los niños de las mujeres blancas.

—No me gusta el segregacionismo.

—No seas tonta, si sales en una revista de blancos anunciando lo mejor que las mamás blancas pueden dar a sus niños, ¿crees que no lo van a comprar también las mamás negras que lean el anuncio? Dirán que si es lo mejor para los *babies* blancos, también lo será para los *babies* negros. —Y soltó una risita.

—Sí, claro. ¿Y dónde dices que está el billete de avión?

—En un sobre a tu nombre en la oficina de correos. No tendrás dificultades, pero no te olvides del pasaporte.

—Descuida, no lo olvidaré.

—De acuerdo y suerte. Cuando vuelvas llámame para explicarme cómo te ha ido. Son gente seria, ya lo verás.

—Eso espero.

—Tú, con el inglés que hablas, no tendrás ningún problema. En el sobre que recogerás en el aeropuerto encontrarás el resto de instrucciones, me refiero al nombre y dirección de la empresa publicitaria.

—¿Y por qué no le enviamos desde aquí las fotos que necesitan?

—Porque quieren hacer las fotografías en su ambiente, ya sabes,

saliendo paisajes propios y alguna que otra cara conocida.

—De acuerdo. Cuando vuelva, te llamo.

Cuando terminó la conversación telefónica, Ericka quedó unos instantes en suspenso.

Volvió a mirar el teléfono, lo descolgó y a punto estuvo de marcar un número, lo ahorquilló de nuevo sin hacerlo.

Sacó un pequeño maletín de viaje y puso en él la ropa imprescindible teniendo en cuenta que iba a un país cálido. Tres vestidos cortos y ligeros, algunos pañuelos para la cabeza y prendas íntimas que, en su caso, eran muy escogidas, suaves y vistosas. En ocasiones tenía que hacer fotografías mostrándolas y prefería que fueran las suyas propias y no otras que pudieran haber pasado de mano en mano.

Con la maleta lista y teniendo en cuenta que el tráfico, como le había advertido Alain Borj, podía retrasarla, salió de su apartamento.

Caminó rápida por la calle, el maletín apenas pesaba. También llevaba un bolso de mano con su documentación y los certificados de vacunación que no habían caducado. Lo tenía todo en regla para poder viajar a cualquier país y en cualquier momento, así se requería a las chicas que, como ella, debían estar siempre dispuestas a tomar el avión como si fueran periodistas viajeras.

Un automóvil se adelantó entre los otros, y ella lo vio en seguida.

—¡Taxi, taxi!

El coche se detuvo. Ericka abrió la portezuela y se metió dentro.

—¿Quiere que le ponga la maletita en el capó?

—No es necesario, abulta poco. Al aeropuerto de Orly.

—En seguida.

Suspiró, aliviada; el taxista sabría llevarla con rapidez. Tampoco era ninguna hora punta de salida o entrada de oficinas, horas en las que el tráfico se abigarraba y colapsaba en las principales vías del gran París.

—¡Eh, que se equivoca, al aeropuerto no se va por ahí! —advirtió, dejando de revisar su documentación para luego no tener tropiezos con los policías de frontera que solían estar muy quisquillosos y sensibilizados, especialmente después de tantos y tantos secuestros aéreos.

—No se preocupe, éste es un atajo que sólo conocemos los profesionales del volante.

—Si iríamos más rápidos por…

—No tema, *mademoiselle*, no le va a costar más caro. Hay algún kilómetro de más, pero como tardamos menos tiempo, saldrá ganando, ya lo verá a la hora de pagar la carrera.

Ericka quedó un tanto inquieta, pero terminó encogiéndose de hombros. Si lo decía un taxista, tendría razón, aunque no entendía qué atajo podía tomar, el coche parecía dirigirse al Bois de Boulogne.

Se detuvo en un cruce. La joven, nerviosa, miró su reloj. Tenía tiempo, pero si el taxista cometía alguna torpeza, ese tiempo se le podía acabar y el avión no esperaba.

El viaje era largo, muy largo. Primero, un avión la llevaría a Kotty, un emirato del Golfo Pérsico multimillonario en petrodólares. En el aeropuerto de Kotty tomaría otro reactor que la conduciría a Salisbury, Rhodesia.

Estaba algo ensimismada cuando se abrió la portezuela y apareció un rostro oriental que se metió dentro del taxi, cerrando la puerta de nuevo sin que el taxista pareciera sorprenderse, todo lo contrario, pues aumentó la velocidad.

—Eh, ¿quién es usted?

—Un amigo —le respondió con un aséptico inglés que no debía ser su idioma natal.

—¿Qué significa esto? ¡Pare, pare!

Intentó abrir la portezuela, pero estaba cerrada de alguna forma que ella no conseguía abrirla.

El oriental, muy seguro de sí mismo, sonrió diciéndole:

—Es inútil resistirse al destino. Sea usted buena chica y no le pasará nada.

—¡Esto es un rapto! —exclamó un tanto asustada.

—Tómelo como quiera, pero es así, de modo que tranquila y no le sucederá nada.

—¿Tranquila?

Le disparó el codo derecho para alcanzarle el mentón, pero el oriental desvió el impacto de Karate y no sólo eso, sino que hizo una presa del brazo doblándoselo hacia abajo, de tal forma, que forzaba una luxación de codo.

Ericka sintió unos dolores intensísimos dentro de su brazo.

El oriental no tuvo suficiente, porque manteniéndole la presa de brazo con una sola mano, con la otra mano y el brazo libre le preparó una inmovilización por estrangulamiento que podía realizar perfectamente dentro del automóvil. Vistos desde el exterior, podía parecer que iban cariñosamente abrazados; sin embargo, a la muchacha le faltaba el aire en los pulmones y la cabeza comenzaba a dolerle.

—Estaba informado de que era usted cinturón negro de Karate y cinturón café de Judo, una buena budoka, pero yo conozco la técnica del Kung-Fu además de ser cinturón negro, tercer Dan, en Karate, Judo y alguna que otra cosilla… Como comprenderá, no era fácil cogerme desprevenido. Ahora que está quietecita, todo irá mejor. No tema, no voy a matarla, aunque podría hacerlo con una sola presión. Se oiría un desagradable chasquido y su nuca se partiría.

El taxista seguía su conducción, sin inmutarse. Tras observar por el espejo retrovisor, anunció de pronto:

—Creo que nos siguen.

El oriental volvió la cabeza para mirar a través del cristal trasero. Vio un gran automóvil que le seguía de cerca.

—Aumenta la velocidad, déjalo atrás.

—En seguida —respondió el taxista.

Ericka trató de liberarse de la presa, rebulléndose entre los brazos y las manos del oriental que semejaban tenazas.

Los dolores fueron más intensos ya que la presión aumentó sobre ella y no sólo sintió que el cerebro parecía que le iba a estallar, sino que comenzó a verlo todo rojo y a oír mal.

Quiso gritarle que si no aflojaba su presa de estrangulación iba a matarla, pero ni una sola palabra salía por su boca entreabierta, una boca que buscaba aire afanosamente sin articular ningún sonido inteligible. El budoka oriental parecía hecho de acero.

El seguimiento de un automóvil a otro tomó caracteres de persecución al pisar el falso taxista el acelerador a fondo, metiéndose en el Bois de Boulogne; pero el coche que iba tras ellos no sólo se quedaba atrás, sino que había adquirido mayor velocidad, acortando distancias.

—¡Es él! —gruñó el oriental, que mantenía sujeta a Ericka sin que ésta pudiera hacer nada para librarse de la mortífera inmovilización.

El coche perseguidor no era otro que el «Daymio», un vehículo que los pocos que lo conocían pensaban que era el único ejemplar de la citada marca. «Daymio», en japonés, significaba *señor de samuráis*.

El automóvil poseía tres ejes, seis poderosas ruedas y un motor con una capacidad de siete mil centímetros cúbicos que transmitía su fabuloso impulso a las seis ruedas de suspensiones totalmente individuales y tracción también independiente.

Eso lo convertía, en ocasiones, en un vehículo oruga, pues todo el coche se elevaba por suspensión hidroneumática y pasaba por encima de piedras y salientes que frenarían a cualquier otro automóvil.

El «Daymio», indudablemente, era un coche grande y de aspecto pesado, pero alcanzaba una velocidad punta, asombrosa, y no perdía un ápice su estabilidad.

Cada una de sus piezas había sido fabricada de forma casi artesana, a la medida, y los recambios se elaboraban en el mismísimo Liberty Garden, el paraíso de los jóvenes que el día de mañana serían los budokas justicieros de un mundo podrido.

El «Daymio», conducido con habilidad, se había colocado tras el falso taxi que acababa de raptar a Ericka.

El chófer del taxi se salió por una pista forestal del propio Bois de Boulogne y el «Daymio» le siguió casi echándosele encima. Pasaron entre árboles y perdieron de vista otra clase de circulación.

Pese a la gran velocidad que alcanzaba por la pista forestal y mientras sorteaba obstáculos, el taxi sufrió una sacudida. El «Daymio» les había embestido por detrás.

—¡Imbéciles! —masculló el falso taxista, comprobando que su automóvil quedaba muy por debajo en potencia, velocidad y posibilidades de maniobra, del que le había estado persiguiendo y que había terminado dándole alcance.

—¡Esto no funciona, no funciona! —gruñó el taxista, dando gas a su vehículo.

Lo que él ignoraba es que por debajo del parachoques del «Daymio» habían salido dos gruesos garfios que habían enganchado

el parachoques posterior del taxi, sujetando así los dos automóviles.

En el «Daymio» colocaron el freno a fondo y el falso taxi no podía arrastrarlo pese a que su conductor hundía el pie en el acelerador, quemando gasolina a chorros y produciendo un gran estruendo.

Se movía pero muy lentamente; el coche oscilaba según agarraban los neumáticos en la tierra en medio de una humareda.

En el «Daymio» pusieron marcha atrás y el falso taxi no pudo avanzar más.

De pronto, se escuchó como un desgarrón y el taxi salió disparado, con la mala fortuna para él de que delante había un árbol contra el cual arremetió. Saltaron los cristales y se levantó la tapa del motor.

El árbol, todavía no muy añoso, se torció primero y se desgajó después, más el falso taxi, reventado, no pudo pasar por encima de su muñón.

El «Daymio», perfectamente controlado, frenó. Se abrió la doble portezuela posterior, pues era tipo ranchera, y de un cómodo y anatómico sillón giratorio fijado al suelo del automóvil, saltó al suelo la gigantesca figura del japonés Ricky.

Ricky impresionaba con su estatura de dos metros diez y su corpulencia. Ciento ochenta kilos de huesos, vísceras y carne sin grasas adicionales, eran para secar la garganta a cualquiera que lo viera correr a su encuentro como si fuera una locomotora.

Abrió la puerta del taxi y el chófer se desplomó al suelo. Estaba inconsciente, en el choque se había golpeado contra el volante.

Ericka quiso gritar, pero su garganta no respondía. Su vista estaba nublada pese a que la presa de estrangulamiento había cedido tanto, que se pudo zafar de ella.

Tras el brutal choque contra el árbol, el oriental había quedado ligeramente aturdido pero no conmocionado. Quiso reaccionar con prontitud, pero Ricky le agarró un brazo por el hueco de la ventanilla sin cristal, ya que éste había estallado, y haló con tan fuerza que el oriental gritó como un condenado.

Fue materialmente arrancado del interior del vehículo, con puerta incluida.

Ya fuera, se zafó de Ricky y se recuperó, prestándose a la defensa y al ataque.

De su bolsillo sacó algo que Ericka no pudo ver bien y que quedó encerrado en el interior del puño.

—Tú, tú eres co… coreano, ¿verdad?

—Sí, y tú un japonés hijo de mil perras, porque una sola no pudo darte a luz con el bulto que haces.

—Tú, tú, tú no eres bue… bueno, coreano —le dijo Ricky con su tartamudeo habitual, con su dificultad idiomática, ya que como decía su amigo M. P. Savage, Ricky no era precisamente un políglota.

—Yo te enseñaré a no meterte en los asuntos de los demás —rugió el budoka coreano, armado su puño con un *yawara* de durísima madera de teca india.

Aquel diminuto bastón de unos quince centímetros de largo, en sus extremos tenía sendas cabezas de dragón, talladas. La cresta de dichas cabecitas resultaba mortífera si acertaban a su víctima.

Los que utilizaban la pequeña pero efectiva arma, empleaban los golpes de Karate de rigor, los *atemi maza* mortales, pero no a manos vacías como haría cualquier karateka, sino armados con el *yawara* que reforzaba la mano.

Los golpes aumentaban en efectividad y poder letal al ser propinados con las cabecitas de dragón que asomaban por ambos extremos del puño del luchador.

Ricky, el gigantesco japonés campeón de Sumo y expracticante de boxeo tailandés, sabía bien que el coreano, armado con el pequeño y aparentemente inofensivo *yawara*, que más semejaba un simple amuleto oriental que un arma, podía partirle la cabeza con un solo golpe.

El budoka coreano atacó a Ricky y éste tuvo que retroceder.

La mano del asesino oriental, reforzada con el *yawara*, buscaba la cabeza de Ricky. Éste tintaba los golpes, pero el coreano, un experto en Kung-Fu, arremetió contra él con sus pies calzados. Y sus tacones resultaron forrados con una disimulada herradura lateral que no hacía ruido al caminar, pero que asestaban golpes decisivos.

Ricky se vino al suelo, tras un impresionante taconazo que le alcanzó el abdomen.

—¡Kiai! —rugió el coreano, saltando sobre su enemigo caído, dispuesto a derribarle primero de un taconazo en pleno rostro. Después, le fracturaría el cráneo con el *yawara*.

Mientras Ericka, un tanto preocupada, salió del vehículo destrozado. Quería huir, pero una figura ágil y pequeña la reclamó:

—No tema, somos amigos.

—¿Amigos?

—Sí, trabajamos con Savage. ¿Se acuerda de Savage?

—¿Savage, el guapo de los ojos verdes?

—Lo de guapo, no sé, pero sí tiene los ojos verdes. Estábamos vigilándola para protegerla.

—¿A mí?

—Sí. Me llamo Juanito Chancleta, soy puertorriqueño, bueno, nacionalizado norteamericano y él…

—¿El gigante?

—Es Ricky.

—¡Tenemos que ayudarle!

Chancleta, el pequeño puertorriqueño que apenas medía metro cincuenta de estatura y estaba por debajo de los cincuenta kilos, sujetó a la alta Ericka por el torneado brazo, conteniéndola.

—Todavía no, ofenderíamos su orgullo interviniendo, ahora.

—¡Puede matarlo!

Juanito Chancleta no respondió, estaba mirando cómo Ricky había cazado el pie armado con herradura.

Lo retorció tan violentamente, que el coreano giró horizontalmente en el aire lanzando un grito de dolor mientras se desplomaba sin haber podido asestar el golpe mortífero a Ricky.

Éste comenzó a incorporarse.

El coreano hizo lo propio, pero ya no era el mismo. La pierna que había sufrido la presa de las manos de Ricky no le respondía, mas no se daba por vencido. Sosteniéndose con una pierna, trató de asestar un golpe letal a las sienes de Ricky que por su corpulencia podía parecer muchísimo más lento que el budoka coreano.

En aquella pelea a muerte, Ricky le disparó un puñetazo directo al rostro, en un golpe de boxeo tailandés.

El coreano cayó doblado hacia atrás. El puño de Ricky era un ariete demoledor.

Ricky jadeaba. El coreano asesino le había atacado con mucha

fuerza, había estado a punto de matarlo.

Ricky se situó a la espalda del caído que se reponía rápidamente, dando muestras de una gran vitalidad y poder de recuperación.

Ricky se inclinó, lo sujetó con una mano por el cuello de la chaqueta y con la otra mano lo cogió por el cinturón. Lo elevó en el aire como si fuera un fardo y comenzó a dar vueltas sobre sus pies como si estuviera en un campeonato de Sumo y tuviera que sacar del círculo de combate a su adversario.

Giró y giró, cogiendo fuerza, mientras el coreano se recuperaba, mas ya era tarde para él.

Ricky lo soltó y el coreano salió despedido, volando material y físicamente. Su cabeza encontró la puerta abierta del coche y se metió dentro. Se escuchó un chasquido y el volante quedó roto.

Al poco quedaban allí dos cuerpos, uno encima del otro.

Ricky aspiró aire con fuerza y su monumental pecho se hinchó. Luego, dijo:

—No me gusta, no me gusta hacerlo, pero, pero…

Se inclinó y recogió del suelo el pequeño pero mortífero *yawara*. Después, anduvo hacia Chancleta, y la rubia Ericka.

—Vamos, Ricky, es tarde.

—Se… se lo guardo para Savage —dijo, mostrando el *yawara* del dragón bicéfalo.

—Señorita, aprisa, o perderá el avión —apremió Juanito Chancleta.

—¿El avión? ¿Cómo lo sabe?

—Nosotros sabemos muchas cosas.

—¿Han intervenido mi teléfono?

—Hay muchas formas de hacerlo. Vamos, suba al coche.

Ricky subió al poderoso «Daymio» por la parte posterior. Se instaló en su sillón giratorio y cerró la doble portezuela. Dando media vuelta a la butaca, quedó encarado con el sentido de la marcha.

—¡Mi maletín! —gritó, de pronto, Ericka.

—Un momento, ahora se lo traigo —dijo Chancleta saltando del «carro».

—¿Quiénes son esos hombres que querían raptarme? —preguntó Ericka, mirando con cierto recelo al gigante japonés.

—Son… son sicarios, sicarios, asesinos a suel… sueldo —

respondió Ricky grave, con su peculiar forma de hablar.

Chancleta regresó con las pertenencias de Ericka dejándolas caer en la segunda fila de asientos que quedaba delante de Ricky que estaba sentado en su sillón.

El «Daymio» arrancó, con fuerza. Giró sobre sí mismo y se alejó de aquel lugar donde quedaba un árbol tronchado, un coche destruido y dos cuerpos caídos.

—No entiendo nada —insistió Ericka—. ¿Qué es lo que pasa?

—Son miembros de una secta de sicarios internacionales. Savage los ha bautizado como la Secta del Dragón Bicéfalo.

—¿Por el amuleto que llevan?

—Para ellos parece ser un símbolo —siguió explicando el puertorriqueño, mientras conducía el poderoso automóvil buscando la salida del Bois de Boulogne, camino del aeropuerto de Orly—. Habrán pensado que raptándote a ti podrían obligarle a él.

—¿Obligarle, a qué?

—Suponemos que lo que quieren es matarle a él, pero también tratan de destruir Liberty Garden.

—¿Qué es Liberty Garden? —preguntó la joven, desconcertada.

—Un paraíso, una especie de universidad al aire libre, un lugar elegido y costeado por Savage para que chicos y chicas se formen como entes puros de pensamiento y de cuerpo. Allí se instruyen como budokas, pero, a la vez, como seres que desean un mundo mejor para todos. Budokas justicieros que el día de mañana lucharán contra la injusticia como ahora hace Savage. Por eso quieren matarle, hay mucha gente que le odia a muerte y como no es fácil de eliminar, han debido contratar a la Secta del Dragón Bicéfalo para que lo asesine.

—¿Queréis decir que mi rapto sólo era para perjudicar a Savage?

—Para los opresores, los grandes caciques del mundo, los estafadores extorsionistas y mañosos, Moses Pacific Savage es un peligro y quieren exterminarlo. Sufre atentados de cuando en cuando, pero sale bien de ellos. Tú podías ser un atractivo cebo.

—¿Y si algún día consiguen matarlo?

—Le haremos justicia. Él ha creado y costea Liberty Garden para algo. A ese lugar secreto, que nadie puede encontrar, son llevados los elegidos por Savage, chicos y chicas que el mundo ha marginado

y desechado porque no son hijos de ricos o porque piensan distinto que quienes mandan en sus países respectivos. Hay de múltiples ideologías y religiones, pues en todas partes cuecen habas. Savage lucha para que a Liberty Garden, una universidad para jóvenes justicieros que se forman en diversas Artes Marciales, no le falte nada y jamás sea descubierto su emplazamiento. Ha de haber savia nueva y pura para un mundo que se corrompe. Amamos la paz, pero debemos prepararnos para la lucha, si es necesario. El enemigo que se lucra a costa del sudor y la sangre de su prójimo, aplasta y mata sin contemplaciones, y hay que estar preparados para darles la réplica. Nosotros no queremos la violencia, pero hay ocasiones en que no se puede evitar, como ahora en este rapto frustrado.

—Qué cosa más fantástica me estáis explicando. ¿Savage es una especie de líder de budokas justicieros?

—Explicado de una forma simple, algo así, pero es mucho más que todo eso. Si tiene tiempo, que te lo cuente el propio Savage.

—Se lo preguntaré cuando vuelva a verlo, si es que no lo matan antes esos asesinos profesionales. ¿De veras existe ese Liberty Garden o es una especie de sueño, como eso de la tierra prometida?

—El Liberty Garden no es un sueño, es una realidad y también una pesadilla para los que están al otro lado.

## CAPÍTULO IV

El general Ben Sure Abdel, jefe superior de seguridad del emirato de Kotty [2], sonrió bajo su amplio bigote; mas el hombre que se hallaba al otro lado de la mesa escritorio no era ningún ingenuo y sabía bien que no debía fiarse de aquella sonrisa.

—No me gustan los reporteros de la prensa de escándalo.

Moses P. Savage le corrigió con mucha tranquilidad.

—No hay prensa de escándalo sí no existe escándalo previo. Además, yo sólo he venido a hacer un reportaje demográfico sobre los blancos que viven y trabajan en este emirato. Tengo todos mis documentos en regla también los permisos de su Secretaría de Asuntos Exteriores.

—Siempre es difícil averiguar cómo ha obtenido un permiso un extranjero que quiere escudriñar en exceso lo que no debiera importarle.

—Eso, nunca se sabe.

El general tornó a revisar los documentos y opinó.

—Hay políticos que conceden permisos con demasiada facilidad. Uno, hasta llega a pensar mal de ellos

—¿Sería capaz de darme nombres, mi general? Sería un notición para los medios informativos internacionales. —Bajó la voz y miró en torno suyo, precavido—: No estará pensando que al emirato le hace falta una nueva cabeza rectora, ¿verdad? Hay tantos golpes de Estado por ahí…

—Por favor, míster Savage, no ponga en mi boca palabras que no he pronunciado, podría costarle caro, muy caro. Ha habido compatriotas de usted y también ingleses y rusos, que se han perdido en el desierto y ha sido una pena hallarlos ya convertidos en esqueletos. No querrá que le suceda una cosa semejante, ¿verdad?

—¡Oh, no, claro que no, mi general! El desierto es una cosa muy

sería cuando no se tiene agua y nada con que cubrir la cabeza. Y mucho peor si a uno le han cortado, previamente, los tendones de los pies…

—¿Los tendones de los pies?

—Supongo que si se encuentra un esqueleto no se puede averiguar si al cuerpo lo han torturado antes sin tocarle los huesos, claro.

—Es usted muy listo, míster Savage —rió ligeramente el general —. Puesto que supone lo que puede ocurrirle, espero que tendrá mucho cuidado con lo que hace y en qué lugares se mete. No nos gustan los intrusos y mucho menos los que pretenden airear al mundo nuestros problemitas.

—Pero, sí les gustan los petrodólares y lo que se puede conseguir con ellos, ¿verdad?

—Cada cual exprime la tierra como puede.

—Ya, y aquí tienen proboscidios chupándola con trompas de acero.

—Que manejan extranjeros, norteamericanos, europeos y japoneses. Son los que chupan el petróleo y se lo llevan.

—Pero, antes lo pagan caro, muy caro.

—Todo lo que se puede terminar, por muy caro que parezca, no lo es tanto como debiera. Algún día se vaciarán las bolsas petrolíferas y nos quedaremos sin nada, sólo con un desierto y el mar salobre delante.

—¿Sin nada? —Moses P. Savage sonrió, sarcástico—. Poseen ustedes acciones en un buen número de multinacionales; grandes edificios y extensas áreas en los países más importantes de la tierra; oro en barras plata, joyas valiosas, obras de arte, y todo ello adquirido con los petrodólares. Y con los que todavía le sobran, podrían alfombrar todo su país y no quedaría ningún hueco vacío. Los koties pueden costearse todos los caprichos alcanzables en este mundo, gracias al dinero, sea limpia o suciamente.

El general Ben Sure Abdel no quiso hablar más de aquel asunto.

Un periodista norteamericano siempre podía resultar peligroso, no en vano habían sido periodistas los que habían hecho saltar al mismísimo presidente de la Casa Blanca.

—Espero que ninguno de mis oficiales venga a darme una queja de usted. Nuestras cárceles son muy limpias y asépticas, de

moderna construcción, pero hace mucho calor dentro de ellas y aunque tengamos petrodólares no vamos a gastarlos en poner aire acondicionado para los presidiarios. Usted me comprende, ¿verdad, míster Savage?

—Claro que sí, mi general, claro que sí. Seré un buen chico y cuando con mi filmadora vea algo feo, volveré el objetivo hacia otra parte. Por lo menos, espero captar algún que otro mono saltando de una palmera a otra.

—Magnífico, magnífico. Buena suerte y no olvide que su permiso expira dentro de siete días. Aquí no nos morimos por tener turistas.

—Claro, como no les hacen falta.

—¡Ah!, si los de las multinacionales le dan con la puerta en las narices, no venga a quejárseme. Ellos también son extranjeros para nosotros y, créame, seguro que serán los que le van a poner más dificultades para su labor informativa.

Salió a través de un patio amplio y sorprendentemente fresco donde había unas fuentes de agua que alegraban el palacio de la Secretaría General de Seguridad.

El edificio era de una sola planta, blanco y muy bello dentro de su aparente sencillez, pues debía ocupar una considerable extensión de terreno.

Pasó entre la guardia de palacio que llevaba turbantes y capas realmente vistosas. No era aquel tipo de guardias los que podían preocupar a
M. P. Savage
; sabía que en las cocheras estaban listos para salir los vehículos cargados de policías que no lucían capas, sino uniformes color arena e iban armados con pequeñas metralletas. Dentro de los vehículos, portaban otra clase de armas de mayor alcance.

Había que admitir que dichos policías no realizaban operaciones de carga, ya que el pequeño emirato estaba perfectamente controlado.

Por supuesto, después estaban los más peligrosos: la policía secreta del emirato.

Fue al *parking* protegido por vistosos y a la vez artísticos toldos que evitaban que el poderoso sol del país fundiera los plásticos del interior de los automóviles.

Montó en el coche que había alquilado, nada más llegar. Como todos los que circulaban por Kotty, era grande y de gran consumo, ya que la gasolina era muy accesible.

Pese a la protección del toldo, el coche estaba asfixiantemente caliente y



conectó la doble ventilación con que estaba dotado el auto, como la mayor parte de los que había en Kotty.

Rodó hacia el centro de la ciudad.

La gente caminaba despreocupada, cruzando el asfalto sin miedo a los coches. Algunos camellos circulaban como la cosa más natural del mundo y nadie parecía preocuparse de ellos.

Había muchos habitantes del pequeño país que, pese a la riqueza desbordante que reinaba, seguían siendo nómadas y preferían el camello a los vehículos a motor.

Kotty, capital del estado del mismo nombre, era la ciudad más importante del emirato, posiblemente porque también era la única urbe más o menos organizada; el resto eran pequeñas aldeas diseminadas.

En Kotty se entremezclaba lo más antiguo y arábigo con lo más moderno, aséptico y sofisticado.

No había demasiados extranjeros en la urbe, por lo menos no se les veía, pues debían estar en sus empleos, en oficinas o en los trabajos de extracción en las áreas petrolíferas.

Se aseguraba que Kotty era una ciudad que moría por la noche; carecía de diversiones y no se podía beber alcohol.

Muchas de sus mujeres, más por propias creencias que obligación, pues se había dado libertad al respecto, seguían con los rostros cubiertos, aunque también había muchas jóvenes modernistas que llevaban la cara destapada.

La información extranjera apenas llegaba o lo hacía con dificultad. Televisión había mucha, pero era totalmente árabe y para árabes.

Sonó un silbato y Savage tuvo que detenerse. El agente de circulación le hizo aguardar a que pasara una caravana completa de camellos cargados con suministros que debían haber adquirido en la ciudad, ya que allí llegaban toda clase de productos del mundo a través del puerto y el aeropuerto, sus dos vías de entrada.

Aquello podía ser el paraíso de los comerciantes de todo el mundo, puesto que Kotty tenía dinero abundante para pagar al contado y no producía nada salvo petróleo; sin embargo, pese a que se podía comprar de todo, en Kotty había una exhaustiva selección de los productos que se adquirían y no estaba permitido que se instalara allí ningún vendedor oficializado representando a compañías de producción ni a almacenistas.

Por consiguiente, abundaban las oficinas de importación, siempre dirigidas por koties, y desde el extranjero no hacían más que bombardearles con prospectos, planos, fórmulas y muestras.

Los regalos de favor eran rechazados en la misma aduana; a nadie allí le importaba desdeñarlos, pues a los agentes de importación no parecía faltarles de nada y, en consecuencia, el soborno más o menos disimulado sobraba.

Pese a la selección de calidad, las tiendas y almacenes estaban bien surtidos con productos de garantía mundial.

El precio no parecía lo más importante, había riqueza pese a la aparente sobriedad y austeridad, lo que resultaba una paradoja. Sin embargo, muchos eran los koties que no se acercaban a las cristaleras de los comercios, pues no les interesaba lo que pudieran vender.

Pese a todo ello, Savage sabía que había una vida alegre subterránea, de muy difícil acceso y especialmente montada para los extranjeros residentes en el emirato.

Las multinacionales petrolíferas, de forma solapada, mantenían esa vida subterránea con muchos controles de seguridad y no era precisamente para ganar dinero de una forma indirecta, sino para que las nostalgias del mundo occidental no hicieran que muchos extranjeros prefirieran ganar menos dinero pero regresar a su mundo, ya que para muchos, las bebidas alcohólicas, cerveza y diversiones anejas, resultaban vitales.

Además, podían tener la casi absoluta seguridad de que sus diversiones no trascenderían a sus países de origen, que era lo mismo que decir a sus respectivas familias y grupos sociales.

Aquellas diversiones soterradas servían de válvulas de escape a los que laboraban en aquel país tan duro y rico a la vez.

Tras aparcar el auto, Savage entró en el hotel Red Moon, que tenía su equivalencia en grafía árabe.

Se dirigió a conserjería. Sonrió al conserje y éste correspondió cortés pero frío.

Moses P. Savage sacó de su bolsillo una cajita de *cassette* que mostró al conserje.

—Es una cinta de larga duración, de calidad, óxido de cromo, no es una cinta comercial.

—¿Y?

—Déjeme concluir.

—Sí, míster Savage, siga, siga —invitó el conserje, mirando a Savage y luego a la cajita que sostenía entre sus dedos.

—En una banda están grabadas las oraciones del atardecer y el amanecer en la mismísima Meca, en días de peregrinación.

—Muy bien, ha de ser interesante, pero eso no es único.

—La otra banda —prosiguió Savage— contiene la grabación de uno de los cuentos de *Las mil y una noches* leído por una amiga mía egipcia que tiene una voz muy cálida y, ¿cómo diría?, muy dulce y sensual…

—¿En qué idioma?

—En puro árabe.

—¿Y qué cuento es?

—No lo sé, no entiendo el árabe, pero noté que en diversas ocasiones se sonrojaba. Creo que matizaba el cuento con opiniones propias.

—¡Ejem!, ¿cuánto quiere por la *cassette*?

—Nada.

—¿Seguro que nada?

—Nada, es para usted, aunque

—¿Cuál es el *aunque*?

—Sencillo. Una extranjera rubia, alta, de ojos azules, es amiga mía.

—¿*Miss* Dower?

—Sí, de ella se trata.

—Habitación cuatrocientos catorce; ignoraba que estuviera casada.

—Yo también.

—Es que he pensado que acaso usted…

—No, no voy a engañar a ningún marido, sólo que no quiero que nadie sepa que le he preguntado por ella.

—Descuide, nadie lo sabrá.

—Muchas gracias.

—A usted, míster Savage —respondió el conserje, guardándose la *cassette* en el bolsillo.

Savage tomó el ascensor y subió al quinto piso. Mirando el número de la llave de su habitación, se dijo:

«Estoy de suerte…».

Entró en su alcoba, cerró la puerta y se tumbó en la cama. Hacía calor y tenía deseos de un baño.

Descolgó el teléfono y escuchó la voz de la telefonista a la que pidió:

—Por favor, póngame con la habitación, cuatrocientos catorce.

—Un momento, *monsieur* —respondió la empleada, que hablaba mejor el francés que el inglés.

Savage, con el auricular pegado a su oreja, comenzó a escuchar la llamada. Piiiiii… Piiiiii…

# CAPÍTULO V

—¡Savage!

—¿Qué tal, Ericka, cómo ha ido el viaje?

—¡Oh, Savage!, pero ¿cómo tú aquí en Kotty? —La voz femenina denotaba alegría.

—Estoy haciendo un reportaje sobre los extranjeros residentes en el emirato. ¿Hay alguien contigo?

—¿Te refieres en mi habitación?

—Sí.

—No, no hay nadie.

—Es que preferiría que nadie supiera nada de nuestra amistad.

—¿De veras sigues pensando en esa teoría de que van a raptarme?

—Me gustaría mucho equivocarme, Ericka.

—Pues, te vas a equivocar, seguro —dijo animadamente—. Los periodistas sólo tenéis gafas para ver lo malo que ocurre en el mundo, sois pesimistas por naturaleza.

—No creo. ¿Con quién te pondrás en contacto aquí?

—¿En Kotty?

—Sí.

—Con nadie.

—Me extraña, quizá te hayas puesto ya en contacto.

—No, si tengo que tomar un avión rumbo a Rhodesia. Sólo tenía que hacer escala aquí, es decir, la estoy haciendo, pero parece que hemos llegado con retraso y el avión que tenía que tomar ya se ha marchado. Me han comunicado que me avisarán del próximo vuelo.

—Sí, eso ya lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Verás, suelo enterarme de lo que me interesa y debo puntualizarte que tu avión no ha llegado con retraso, sino que no había posibilidad de enlace de un vuelo con otro, salvo que te pases

una semana en Kotty.

—¡No puede ser, si me habían informado de que sólo sería mía escala de enlace, nada más!

—¿Quién te ha dicho eso, Alain Borj, acaso?

—Claro, y también *madame* Clochard.

—Vaya, ¿la *madame* de marras también anda por aquí?

—Sí, nos hemos encontrado casualmente y seguimos viajando juntas, pues ella también va a Rhodesia.

—Casualmente, no. Todo estaba calculado, Ericka, y no me extrañaría que en Kotty encontraras a otras misses que subieron contigo a la pasarela del concurso. En estos momentos, si el mundo tiene los ojos puestos en alguna *miss*, es en la representante española, la ganadora del Monde-International. Las demás podéis desaparecer sin problemas.

—No seas tan fúnebre.

—Ericka, te estaré vigilando, pero si algo anormal ocurre, tendrás que ayudarme. Este país no es como cualquier otro país occidental; aquí el soborno es muy difícil o casi imposible. La gente está muy metida en sus creencias y, además, no les falta dinero, sólo se puede sobornar a los extranjeros. Esto no es como Europa o América, donde soltando unos billetes sueltan la lengua… Por eso te pido colaboración, pero ni le insinúes a *madame* Clochard que me conoces. Debes darle la impresión de que estás sola en Kotty.

—No puedo creer que *madame* Clochard esté metida en líos de trata de blancas como tú supones.

—Será el tiempo el que lo diga, el tiempo y los hechos. Yo estaré vigilado, posiblemente por los agentes del general Ben Sure Abdel.

—¿Y quién es ese general?

—El jefe superior de seguridad. Es un hombre que no tiene nada de tonto y arde en deseos de saber cuáles son mis verdaderas intenciones al venir al emirato.

—Si quiero verte, ¿dónde estarás?

—Encima tuyo.

—¿Encima mío?

—Bueno, no como quisiera estar en realidad, me refiero al otro lado de tu techo. Tú tienes la habitación cuatrocientos catorce y yo la quinientos catorce; como éste es un hotel moderno, las habitaciones de igual numeración coinciden, sólo varía el piso.

—Comprendo. Y ahora, según tú, ¿qué debo hacer?

—Quedarte en Kotty y, de cuando en cuando, llamar al aeropuerto preguntando por tu vuelo a Rhodesia. Tienes que dar naturalidad a la situación, deja que ellos se confíen.

—Me da la impresión de que pretendes que me rapten de verdad.

—Pues, no andas descaminada.

—Savage, llaman a la puerta…

—Cuelga.

Ericka hizo lo que le sugerían. Mientras, encima, Savage abría su maletín. De él sacó un pequeño artilugio con un cable y al otro extremo un auricular.

Se tendió de nuevo en la cama y aplicó el aparatito contra el suelo. Se colocó el auricular en la oreja y comenzó a escuchar lo que se hablaba en la habitación de Ericka.

—¡*Madame* Clochard!

—¡Oh, Ericka, querida!; te traigo malas noticias.

—¿Malas noticias?

La joven sueca frunció ligeramente el ceño y desvió su mirada hacia el teléfono, como buscando en él una respuesta de Savage a aquella situación.

—Acaban de comunicarme que tenemos para una semana.

—¿Una semana en Kotty? Es demasiado tiempo, perderé el contrato…

—Por eso no temas, he telefoneado a Rhodesia en conferencia internacional para que te esperen.

—Pero ¿cómo sabía usted a qué empresa tengo que dirigirme en Salisbury, si no se lo he dicho?

—¡Tonta! He hablado por teléfono con Alain Borj.

—¿Él está en Salisbury?

—Sí, está allí.

—¿Y cómo ha llegado?

—Pues habrá utilizado otra ruta; creo que tenía que viajar primero a Ciudad El Cabo vía Canarias; luego se habrá trasladado de Sudáfrica a Rhodesia, sin problemas, ya sabes que entre esos países existen grandes relaciones.

—Sí, claro, por la segregación racial.

Ericka suspiró, tendiéndose en la cama.

*Madame* Clochard, bufando como para sacar de su cuerpo el calor, se quitó la blusa y sentándose, también, en la cama, acarició la cabeza de la muchacha.

—Mi pequeña Ericka, no tengas miedo. Estaremos juntas en Kotty y verás cómo nos divertimos.

—¿Divertimos aquí? Si salimos de esta habitación nos vamos a asar, afuera hace un calor horrible.

—He estado investigando y podemos hacer turismo, ya lo verás, tú deja que te programe las salidas. Esta noche iremos a bailar y mañana descubriremos las bellezas turísticas de Kotty, que no serán muchas, pues es un país pequeño y desértico, pero ¿qué lugar no encierra bellezas para un extranjero y para sus propios habitantes?

—¿Bailar? He oído comentar que en Kotty no existe vida nocturna.

—Tú déjame a mí, una cosa son las noticias oficiales y otra las reales. Es cierto que esta gente, dentro de su riqueza, vive de una forma casi ascética; bueno, los jeques y otros príncipes árabes también tienen sus palacios, pero ellos son comprensivos dentro de lo que cabe, y admiten que los extranjeros, los que sacan el petróleo, tengan otras costumbres… Lo que no desean es que esto trascienda. Tú déjame hacer a mí y verás cómo no te aburres. Eres tan linda, tan hermosa —le dijo, acariciándola ahora por la espalda y los hombros, de una forma que comenzó a molestar a Ericka—. Siempre pensé que debías ser tú la *Miss* Monde-International; eres tan bonita…

# CAPÍTULO VI

Los pies descalzos de M, P. Savage cruzaron la banda marginal de seguridad para quedar, después, dentro del *tatami* propiamente dicho, un *tatami* aséptico y funcional.

La lona tenía mucho de artificial, lo mismo que el acolchado que nada tenía que ver con la paja de arroz prensada de los *tatamis* originales.

Savage vestía su *judogi* de color violeta morado, con la solapa izquierda sobre la derecha y la flor del pensamiento bordada en amarillo, en la espalda. El cinturón negro destacaba con sus pasadores.

No era nada habitual ver un *judogi* o *kimono* de entrenamiento de aquel color; todos los que había en aquellos momentos en el gimnasio del hotel Red Moon eran blancos, como correspondía para budokas normales.

El gimnasio era grande y tenía una piscina anexa que no era necesario cubrir para protegerla del frío, ya que allí jamás hacía frío. El agua era templada y perfectamente limpia, pues debía poseer el mejor filtro que existiera en mercado alguno. Los koties, cuando compraban algo, siempre compraban lo mejor, importándoles muy poco su precio.

Savage observó a los asistentes.

Kenneth McPaul, jefe de relaciones públicas de una multinacional petrolera, le había reconocido y pedido aquella demostración en el gimnasio del hotel, aprovechando que al atardecer de algunos días de la semana se practicaba el Judo y otros deportes entre los extranjeros residentes.

Allí había norteamericanos y europeos en general; quizá, también, algún ruso y dos japoneses.

Savage había aceptado realizar la exhibición, ya que había explicado que luego les entregaría unos cuestionarios que deberían

rellenar los extranjeros en Kotty, haciendo así posible su reportaje. Por ello, quiso quedar bien con la colonia de extranjeros en Kotty o, por lo menos, con un grupo representativo que era el que le rodeaba, esperando una exhibición en el pequeño *Dojo*.

—Caballeros… —Efectuó el *kamiza*[3] inclinando la cabeza—. Como entrada, haré una pequeña demostración de relajamiento e introducción para los movimientos de defensa en Las Artes chinas del Kung-Fu que, como sabrán, comprende la mayor parte de las técnicas de lucha china con manos vacías. El Kung-Fu es producto de las observaciones que, durante su vida, hizo sobre los animales el curandero Hua To. Bien, no voy a darles ninguna conferencia, simplemente una mínima demostración y teniendo en cuenta mi interpretación libre de cada una de las técnicas, ya que no soy un ortodoxo de ninguna de las Artes Marciales. Ruego disculpen mis iniciales instantes de concentración y luego comenzaré…

En posición *shizentai*, con los pies separados y paralelos, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo e inclinando la cabeza, hizo meditación para inhibirse del resto del mundo, de sus propios pensamientos, dejando que su mente se clarificara sola y exclusivamente respecto a su *psiquis*, a su *soma* y a su *Ki*.

Después comenzó a moverse alzando los brazos, moviendo pies, manos y la cabeza como si su cuello se hubiera transformado en un eje.

De cuando en cuando, lanzaba sus manos al aire con golpes que no iban a ninguna parte y que lo que hacían era dar juego a sus músculos, a sus articulaciones.

Había momentos que sus manos semejaban alas de paloma y también de águila y sus piernas, patas de felino.

Todos sus movimientos comenzaron con una gran lentitud, semejaban en verdad pasos de *ballet* en el escenario de un gran teatro. Se movía como si estuviera en un plano distinto en el espacio. Era como si sus ojos, intensamente verdes, lo escrutaran todo y no miraran nada…

Iba de un lado a otro del *tatami* sin salirse de él y tal parecía que

las articulaciones de su tronco, cuello y extremidades, se multiplicaran por sí mismas. Perdían el sentido de articulación rígida y cada una de ellas, en vez de doblarse, semejaba ondularse cuando todos sabían que eso era imposible, mas ésta era la impresión que daba observándole en aquella exhibición de movimientos de
Kung-Fu
en solitario.

Debía haber corrido la voz de aquella exhibición de Artes Marciales, llevada a cabo por
M. P. Savage
, el conocido reportero *free-lance* norteamericano, pues bajaron al gimnasio más personas, incluso varias mujeres occidentales, entre las que se contaban *madame* Clochard y la propia Ericka.

La joven sueca había tenido dificultades en contener sus deseos de ver a Savage y no pregonar que le conocía particularmente.

*Madame* Clochard, que sabía que Ericka era también una budoka, en especial una karateka, al enterarse de la exhibición debía haber pensado que la muchacha se divertiría y la había acompañado al gimnasio.

Savage aumentó gradualmente la velocidad de sus pases y movimientos y practicó unos saltos de desplazamiento verdaderamente asombrosos, llegando a un salto final y espectacular que le llevó a dar con la mano en el techo, donde se escuchó un ruido que se transmitió a todo lo largo y ancho del gimnasio.

Una gruesa tubería de acero que allí había quedó doblada.

Savage, sin perder el equilibrio, cayó y saludó a sus espectadores recibiendo un entusiasta aplauso.

Se ajustó el *judogi* halando de los extremos inferiores de las solapas y tras recuperar aire, sin mirar siquiera la mano con la que había doblado el grueso tubo conductor de agua, dijo:

—Ahora, si quieren, haré una pequeña demostración de Judo si alguien me hace el honor de ser mi adversario.

Todos miraron al profesor de Artes Marciales orientales del gimnasio y éste se puso en pie, adentrándose en el *tatami*.

El profesor no era japonés sino un ruso nacionalizado inglés que laboraba como ingeniero en una multinacional petrolera radicada

en Kotty. Sentía verdadera y sana afición por las Artes Marciales orientales y por sus méritos se dedicaba a profesor en el gimnasio, meramente como *hobby* y no como profesional.

Los dos budokas se saludaron ceremoniosamente, y avanzaron el uno hacia el otro.

Se agarraron por el *judogi* efectuando la presa fundamental o *kumi-kata*: Mano izquierda en la manga derecha del contrario y mano derecha en la solapa izquierda del *kimono* del adversario, sin brusquedades ni pueriles demostraciones de orgullo infantil.

Eran dos budokas que sabían ser y estar sobre un *tatami*, ambos tenían *Do*[4].

Comenzó la lucha y los dos fueron variando la posición de sus piernas y pies en un desplazamiento *tsugiashi*, buscando, en cada instante y movimiento, mantener la estabilidad, no perder el equilibro y quedar en manos del adversario.

No había agarrotamiento en ninguno de los dos; sin embargo, a través de sus dedos, de las palmas de sus manos, sólo asiendo el *judogi* del contrincante, ambos notaban cada una de sus contracciones musculares, cada intención de movimiento e incluso de ataque. Antes de que se produjera el ataque, lo sentían y eludían.

Todos contemplaban en silencio la lucha que estaba siendo aleccionadora por la forma tan limpia de comportarse ambos contendientes.

Iniciaron unos tanteos con ataques de *Ashi-Waza*. Sus pies se buscaban unos a otros mientras sus manos trataban de desequilibrar el cuerpo del adversario, lo cual no era fácil para ninguno de los dos.

Sabían esquivar el ataque, se reequilibraban rápidamente y contraatacaban.

El profesor ruso trató de aplicar un *sutemi* a Savage, pero éste supo zafarse dejándose caer de costado para evitar que en su caída de espaldas el ruso pudiera aplicarle las plantas de los pies en el estómago para voltearlo por encima de él y así hacerle caer al suelo.

Quedaron separados, hubo situación nula.

Se colocaron de nuevo uno frente a otro como al comenzar, pues aquel intento de *ippon* había resultado nulo al librarse Savage de la

proyección.

Volvieron a sujetarse con las manos por los respectivos *judogis*, mas esta vez, Savage entró rápido con el *Hane-Goshi*.

La sexta llave de *Cadera Alada* resultaba de una gran belleza si el ejecutante la aplicaba con técnica depurada, es decir, manteniendo su tronco y pierna derecha extendida durante todo el movimiento, constituyendo una especie de plataforma sobre la que giró el ruso.

El profesor ruso, que era muy hábil, no cedió del todo; buscó su propio equilibrio en el aire sin dejarse voltear.

Savage, comprendiendo en una fracción de segundo que sólo iba a conseguir medio *ippon* y no un *ippon* completo, no le soltó. Se dejó caer sobre el budoka ruso con su brazo derecho cruzándole por encima del abdomen, impidiendo que el ruso brincara para librarse de lo que se intuía iba a ser una inmovilización, mas no pudo conseguirlo.

Savage estiró su brazo por debajo del ruso. Pasó la mano por detrás del cuello, cogiéndole el *judogi*, y le aplicó la cuarta inmovilización o *Kuzure Kami Shito Gatame*. Así, se dispuso a aguantar mientras el ruso trataba en vano de quitárselo de encima y evitar que los segundos pasaran en la inmovilización mientras permanecía con la espalda pegada al *tatami*.

Como en aquel combate de Judo no había árbitro, pues era una simple exhibición, comenzaron a oírse unos aplausos que al final fueron cerrados, aplausos dedicados a la técnica limpia y depurada de Savage que, por inmovilización había vencido al profesor del gimnasio.

Los contendientes se levantaron; ajustaron sus respectivos *judogis*, se saludaron con respetuosas inclinaciones de cabeza y luego se acercaron, estrechándose la mano al modo occidental.

—¿Podría hacer una demostración de Karate? —preguntó, de pronto, una voz femenina.

Todos se volvieron hacia Ericka. A su lado, *madame* Clochard frunció el ceño.

—Sí, pero en otro momento —respondió Savage—. El Karate de competición precisa un intenso autocontrol. Hay que asestar los *atemi* y los *atemi waza* sin llegar a dar el golpe final, deteniendo la mano, el pie, la rodilla o el codo en el lugar justo. Es más fácil pelear con Karate, me refiero a pelear en serio en una auténtica

lucha, que en competición, donde no debe lastimarse jamás al adversario.

Uno de los presentes que vestía de paisano preguntó, entonces, a modo de rueda de prensa informad:

—¿Es cierto que existe el Liberty Garden?

—Si lo dicen… —repuso Savage, lacónico y evasivo; no deseaba tocar aquel tema.

—Aseguran que lleva chicos y chicas de todas las nacionalidades, religiones y razas a Liberty Garden, donde les convierte en budokas.

—Si lo dicen… —volvió a contestar Savage, sin afirmar ni negar nada.

Aquel sujeto volvió a la carga, deseaba enterarse del máximo de cosas posible.

—¿Pretende formar su propio escuadrón de budokas?

—La verdad es que yo soy un reportero del mundo, nada más. Se cuentan muchas historias sobre mí y es lógico, tengo muy pocos amigos y muchos enemigos. A muchos no les han sentado bien los reportajes que les he hecho y que han aparecido en periódicos y revistas de tiradas millonarias, o en la televisión. Suelo contar la verdad de muchas cosas que suceden en el mundo y la verdad, en ocasiones, hace más ruido que una bomba.

—Se ha tejido una leyenda sobre usted, Savage —observó, ahora, uno de los que vestían *judogi*—. Comentan que se ignora si por sus venas corre sangre asiática, además de norteamericana.

—¿Y cuál es la sangre norteamericana, la de los pieles rojas?

Hubo risas y aplausos.

El que había formulado la pregunta movió la cabeza dubitativo, encajando bien la réplica.

—Me refiero a sangre anglosajona; blanca, en suma.

—Si la sangre se analiza, no hay diferencia. En cuanto al color de la piel y otros rasgos étnicos, no se puede decir nada. Después de todo, los norteamericanos somos consecuencia de una de las más terribles mezclas de la humanidad, por más que les pese a los racistas del Ku Klux Klan. —Suspiró ligeramente y añadió—: Sólo sé que vine al mundo en un lanchón neumático después de que el avión que transportaba a mi madre y a unas cuantas mujeres más, algunas encinta y otras con bebés recién nacidos, cayera al océano

Pacífico. Hasta hoy no ha habido forma de establecer mi verdadera identidad. Mi madre debió morir y desaparecer en las aguas del océano, pero como todas las mujeres que viajaban de Japón a los Estados Unidos, en realidad, eran de nacionalidad norteamericana, pues todas estaban casadas con militares norteamericanos o eran viudas de los mismos. Por tanto, yo era ciudadano norteamericano, pero como hubo sus más y sus menos respecto a si me había dado a luz una japonesa o una blanca norteamericana, se pusieron dificultades a una posible adopción. Como de niño debía resultar tan feo como ahora, no se fiaron. —Hubo risitas—. El caso es que me quedé en Okinawa, en la base militar yanqui y allí me crié. Ésa es la historia y no la leyenda de mi venida al mundo. No se sabe quiénes fueron mis padres.

—Entonces, ¿a qué se debe el nombre que tiene? —le preguntaron.

—Sencillo. Nací en un lanchón en medio del océano y en él me encontraron, por ello me llamaron Moses, como al patriarca bíblico hallado dentro de una cesta de mimbre en el río Nilo. Luego, Pacific, porque éste era el nombre del océano.

—¿Y Savage? —le interpeló ahora Ericka.

—Por lo visto, en mi infancia, rodeado de niños con padres y muchas ínfulas imperialistas, ya que estaban en Okinawa, quedé algo segregado. Supongo que un psicoanalista encontraría fácil explicación para mis reacciones de entonces; el caso es que comenzaron a llamarme Savage porque era más que díscolo y por derecho de uso se quedó pegado en mí el apellido Savage.

—¿Y le gusta? —siguió interrogando Ericka.

Savage, que respondía a lo que se le preguntaba, pues se había constituido en protagonista de aquella reunión de extranjeros residentes en el gimnasio del hotel Red Moon, contestó:

—Sería muy agradable vivir en un mundo tranquilo, de paz y amor entre los hombres. Quizá entonces sería llamado Pacific más que Savage, como se me conoce ahora. Desgraciadamente, vivimos en un planeta de luchas constantes y se valora a las personas por su poder de agresividad, vean si no cualquier sección de demandas de empleo en los periódicos: Se necesita hombre o mujer con agresividad para esto o aquello… La agresividad es fundamental, porque vivimos en un mundo terriblemente competitivo. He de

confesar que lucho con todas mis energías por un mundo de paz y de justicia, aunque a la larga sé que no venceré.

—¿Y cómo lucha, costeando ese legendario Liberty Garden donde convierten a chicos y chicas en temibles *budokas*[5]?

—Lucho desenmascarando no a los pequeños hampones, sino a los grandes y a otros personajes que se las dan de honorables por todas partes del mundo. Intento despertar conciencias, aunque no siempre lo consigo. En el mundo hay muchos casos y cosas que deben ser conocidos, porque hay leyes suficientes y concretas para cortar todo abuso. Ahora, disculpen, pero me iría bien un baño.

Allí mismo se despojó del *judogi*, quedando en un minúsculo traje de baño. Dio unos saltos elásticos hacia la piscina y terminó zambulléndose en ella sin salpicar agua en torno suyo, cortando así la rueda de preguntas.

## Capítulo VII

Ericka franqueó la puerta de su habitación a *madame* Clochard que le sonrió muy afable. La tomó por el mentón y la besó en la mejilla, alzándose de puntillas, ya que la muchacha era más alta que *madame* Clochard.

A *Miss* Suecia comenzaban a molestarle tantas solicitudes, caricias y besuqueos por parte de *madame* Clochard. Quería desembarazarse de ella y encontrarse con Savage. Estaba segura de que el hombre trataría de ponerse en contacto con ella.

—Ya está todo solucionado… La verdad, me ha costado un poco arreglar las cosas para que podamos ir a un *night club* secreto que existe en Kotty. Las autoridades no quieren que transcienda el funcionamiento de ese club para extranjeros infieles, según su opinión. No lo permiten, pero digamos que lo toleran sin darle carácter de oficialidad, aunque el jefe de seguridad conoce perfectamente su existencia.

—¿Es necesario ir allí?

—Seguro que sí, Ericka, nos divertiremos. Hay atracciones exóticas y conocerás a la mayoría de los hombres que has visto en el gimnasio. Muchos de ellos se han hecho ricos aquí, son ejecutivos o altos especialistas con salarios fabulosos.

—No voy buscando un buen partido.

—No seas tonta, la belleza se acaba, aunque tú —le tocó el largo cabello rubio, observándolo con admiración—, eres tan joven todavía, que tienes para mucho tiempo. Es una pena…

—¿Una pena, el qué?

—Nada, nada. Mira, aquí traigo los vestidos.

—¿Qué vestidos?

—Para ir a ese *night club*, hay que ponerse a tono con las circunstancias.

*Madame* Clochard observó mejor las dos bolsas de plástico que

traía consigo y tendió una de ellas a Ericka.

—Anda, vístete y marcharemos pronto. He hecho que nos suban algo para tomar. Tardaremos todavía un buen rato en comer algo sólido y si en el *night club* bebemos *whisky*, hemos de llegar con el estómago que no esté totalmente vacío.

—¿*Whisky* en Kotty?

—Sí. Pese a que los koties no beben alcohol, en absoluto, se puede encontrar en el mercado negro. No hay país que no tenga su mercado negro por una causa u otra.

Ericka extendió el vestido sobre la cama. Era una especie de chaleco y un pantalón bombacho al estilo árabe. Había adornos para la cabeza, babuchas, pulseras esclavina y una capa muy ligera que debía estar confeccionada con fibras sintéticas.

—Es un traje de odalisca árabe —observó la muchacha.

—Yo tengo otro para mí —dijo *madame* Clochard, desnudándose.

—¡Hum!, está usted todavía muy joven, *madame* Clochard.

—Lo mío me cuesta conservarme. ¡Cuánto me gustaría estar como tú!

Ericka era ostensiblemente bella y no sólo por su juventud si no por su perfección de líneas y proporciones y la suavidad de su piel; sin embargo, *madame* Clochard aún podía volver locos a muchos hombres con su cuerpo y así lo pensó Ericka, que volvió la cabeza para fijarse en su vestido.

Se encerró en el cuarto de baño para cambiarse. Le molestaba tener siempre pegada como una lapa a *madame* Clochard.

Se desnudó y vistió luego con la indumentaria de hurí.

—Este atuendo es más sugestivo y escandaloso que si llevara un *tanga* —opinó Ericka, mirándose al espejo.

Llamaron a la puerta y *madame* Clochard dijo:

—Ya voy yo…

*Madame* Clochard recogió una bandeja con dos vasos de leche. De su bolsito sacó disimuladamente una cápsula y vertió su contenido dentro de uno de los vasos. Luego, tomó el otro y se lo bebió. Ella ya estaba vestida de árabe, sugestiva, dispuesta para hacer las delicias de un sultán.

—¿Cómo va eso, Ericka?

—Bien, pero me parece muy atrevido.

—¿Atrevido, y lo dices tú, que eres una modelo fotográfica?

Ericka pasó al dormitorio. Vestía los pantalones largos de gasa transparente color rosado que se sujetaban en los tobillos y el chalequito que apenas ocultaba sus turgentes pechos, altos, más bien grandes y redondos.

La pequeña chaquetilla, adornada con brillantes lentejuelas e hilos dorados, apenas cubría las aréolas de ambos senos, quedando todo el centro del pecho al descubierto.

Los pantalones habrían sido totalmente escandalosos si no hubieran tenido unos colgantes que semejaban monedas y que eran de plástico dorado.

Sus brazos estaban cubiertos por unas mangas, también de gasa, que salían del chalequito.

—Estás muy bella, Ericka, causarás sensación.

—Ya me lo figuro, van a tomarme por lo que no soy.

—No temas, aquí el ambiente es muy abierto. Anda, tómate la leche.

—¿Leche?

Sin saber por qué, Ericka miró el vaso con aprensión.

—No la quiero.

—Te la has de tomar, te la has de tomar —le dijo como una madre paciente. Mientras le acariciaba la mejilla, le acercó el vaso a los labios.

—No me apetece.

—Vamos, vamos, luego puede dolerte el estómago. Eres como una niña, una niña grande y bonita.

Deseando quitarse de encima a *madame* Clochard, Ericka se tomó la leche.

*Madame* Clochard recogió el vaso, dejándolo, después, sobre la bandeja que habían traído.

—¡Hum! Siempre tengo que hacer lo que usted manda. Es como si fuera mi carcelera —se quejó Ericka.

—¿Carcelera? ¡Uy, qué palabra más dura…! Di mejor como si fuera tu hermana mayor o tu amiga. Yo te presentaré a tipos interesantes, ya lo verás. Ahora, pondremos los complementos de tu indumentaria.

—No me siento muy bien, parece que la leche no ha caído bien en mi estómago…

—¿Tan pronto te va a sentar mal? Vamos, vamos, siéntate en la cama.

Con ligeras náuseas, Ericka se sentó en el borde del lecho y dejó que *madame* Clochard fuera haciendo. Y lo que hacía *madame* Clochard era colocarle unas pulseras esclavinas de acero inoxidable, una en cada muñeca y en los respectivos tobillos…

Ninguna de las cuatro esclavinas podía pasar por el pie o las manos, tenían cierre propio, al estilo de las esposas policiales.

Ericka se estaba quieta, intentando reponerse de aquel extraño y súbito mareo.

*Madame* Clochard iba hablándole, mientras le colocaba también una especie de cinturón que se cerraba en sierra para ajustarlo a la medida.

—Mi hermosa Ericka, mi precisa sueca, no te lo pondré prieto, pero no te lo podrás sacar.

El cinturón, una vez ajustado, no oprimía el vientre de Ericka, pero no podía escurrirse hacia abajo porque la amplitud de las caderas lo impedía y tampoco subir, pues las costillas no lo dejaban pasar.

De aquel cinturón colgaban unas cadenas finas, pero resistentes.

*Madame* Clochard estiró una de las cadenas y la conectó a la pulsera de la muñeca izquierda. Le movió la mano, comprobando la longitud que quedaba y que no era mucha, precisamente, aunque podía llegar a tocarse el rostro con la mano si inclinaba la cabeza.

Encadenó de igual forma la otra mano, de modo que Ericka no podía estirar los brazos lateralmente ni hacia arriba.

Unió los tobillos entre sí para que los pasos no fueran largos y mucho menos pudiera dar zancadas para correr.

—Estás linda, linda como una esclava. Ahora hemos de irnos. Levántate, yo te pondré la capa.

Ericka vaciló. Estaba insegura y no tenía deseos de discutir, era una sensación de total falta de energía.

*Madame* Clochard le puso sobre los hombros la suave y ligera capa, cubriéndola, y se la sujetó por delante con un broche. Con un velo suave y transparente le tapó el rostro.

Después, se puso el suyo propio y se cubrió a su vez con una capa.

A los pocos momentos, abandonaban la habitación donde

quedaban las ropas y los vasos vacíos que antes habían contenido leche.

# CAPÍTULO VIII

Moses P. Savage detuvo el automóvil frente a la puerta del muro que rodeaba aquella especie de palacio árabe que quedaba encerrado en su interior, al abrigo de cualquier mirada curiosa.

En realidad, era un falso palacio árabe.

El conjunto había sido edificado por occidentales imitando la arquitectura árabe y con el propósito de satisfacer unas necesidades funcionales de los occidentales que lo costeaban y mantenían.

Durante el día se podía ver, blanco y solitario. Nadie iba por allí a molestar e incluso, si los coches policiales lo rodeaban, era para que ningún indígena metiera sus narices en aquel recinto propiedad de occidentales residentes, hombres que extraían el petróleo de las entrañas de la tierra.

Hubiera podido conducir sin los faros. La arena del desierto y la blancura de los muros de los palacios reverberaban la luz lunar y no había árboles que pudieran ocultar la luna, ni mitigar su plateada claridad.

Era hermoso ver tanta luz; sin embargo, aquella luz producía una ligera sensación de frialdad que no se agradecía en Kotty, un país donde cualquier cosa que quedara expuesta al sol estallaba, se secaba o se fundía. Era una frialdad psíquica y no física.

Tras hacer la contraseña con los faros del auto, le franquearon la verja de hierro y pasó al interior del patio.

Estacionó su automóvil entre otros que allí había; no estaría solo, allí había acudido bastante gente.

Entró en el pseudopalacio árabe, pasando junto a unos laguitos con pequeñas cascadas.

Se oía el siempre agradable murmullo del agua que corría y saltaba y supuso que en alguna parte debía haber enterrado un depósito de agua, y varias bombas y filtros estarían funcionando para obtener tan deliciosos efectos.

Unas luces suaves señalaban el camino a seguir.

Pasó junto al gran patio interior, de forma rectangular, que quedaba encerrado dentro del palacio árabe cuya arquitectura era introvertida y no extrovertida. Vivían hacia dentro y no hacia fuera, pues en las paredes exteriores apenas ofrecían ventanas al curioso y si las había eran pequeñas, casi como troneras. En cambio, las estancias que daban al gran patio de las fuentes, tenían amplias puertas y hermosas celosías de madera y cerámica.

Se le aparecieron tres tipos muy altos y fornidos. El que estaba en el centro pidió:

—Un momento, por favor.

—¿Ocurre algo?

—Disculpe, sólo es una precaución de rutina.

—¿Una precaución, para qué?

—Por si lleva armas. No las lleva, ¿verdad?

—No, claro que no. He venido a divertirme y no llevo más arma que las que me ha proporcionado la madre Naturaleza.

—Muy bien. ¿Le molesta que le registremos? —preguntó quién parecía mandar el terceto.

—Bueno, si no me hacen cosquillas.

Savage, comprendiendo que era una norma que allí se mantenía rígidamente para evitar problemas si alguien se emborrachaba o buscaba gresca, aceptó el cacheo. El que lo hizo, al final asintió con la cabeza.

—Está bien, puede pasar. Bien venido al Paraíso.

Por unas escaleras, descendió a una especie de subterráneo que debía estar bastante hondo a juzgar por los peldaños que llevaba bajados. Al fin, encontró una puerta y la abrió, comprobando que su grosor era superior a un palmo. Supuso que estaba rellena de corcho y con muchos encajes de madera para que la puerta ajustara al máximo y por sus rendijas no escapara el sonido.

Quedó en una especie de vestíbulo con cortinas. Allí estaba el guardarropa, atendido por una chica muy bella, vestida a la usanza árabe.

Tenía grandes ojos oscuros que la hermosa muchacha sabía realzar con pintura.

Sus pechos descubiertos eran grandes y atractivos; tenían que ser cálidos y le dio la impresión de que ya habían dado vida y

sustento a algún ser vivo.

—¿Quiere que le guarde la chaqueta?

—No —denegó, viendo que había otras chaquetas colgadas en perchas cuidadosamente numeradas—. ¿Hace calor ahí dentro?

—No mucho, pero a algunos les gusta aligerarse de ropa.

—Tú no eres árabe, ¿verdad?

—¿Por qué piensa eso, señor?

—No sé, simplemente creo que no lo eres. Tu piel está tostada, pero me parece que se debe a un simple bronceado.

—Estoy aquí para atender a los señores clientes, no para que me pregunten.

—¿Cómo te llamas?

—Zoraida.

—Verás, Zoraida, ando buscando a chicas con problemas.

—No le comprendo, señor.

—Llámame Savage. —Hizo una pausa, miró en torno suyo y luego continuó—: Sé que en Kotty han desaparecido misteriosamente, sin dejar rastro, muchas chicas. Este país tiene frontera con otros tres, el desierto está al otro lado y sirve como distribuidor a otros países. Además, tiene el mar delante y se puede llegar con yates.

—Sigo sin entenderle, señor.

—Mira, seré franco contigo, aunque sé que me estoy jugando el cuello.

—¿No habrá bebido ya demasiado, señor?

—¿Bebido? ¿Dónde encuentro una botella de *whisky* en Kotty? Sé que aquí se puede beber, pero fuera no. Bueno, a lo que iba. Él mundo todavía no ha adquirido conciencia de que cada año desaparecen algunas Misses internacionales, Misses que tras ser elegida una Monde-International quedan algo oscurecidas y ya poca o ninguna gente se fija en ellas. Luego, esas chicas desaparecen y nadie vuelve a saber de ellas.

Noto que Zoraida vacilaba ligeramente, pero se repuso y respondió:

—Esas chicas habrán regresado a su mundo normal, al trabajo que tenían antes de saltar a la fama como mujeres perfectas.

—Hablas como si supieras mucho de esos concursos de Misses.

—¿Yo? ¿Si desde que vine aquí no he salido?

—¿Seguro que no sabes de qué te estoy hablando?

—Seguro, señor.

—Tengo la impresión de que esto no es un *night club* corriente.

—¿Ah, no, y qué es, entonces?

—Un burdel secreto para extranjeros residentes en el emirato.

—Savage, será mejor que no se busque problemas. Si entra en el Paraíso, que se divierta mucho. Le soportarán una borrachera, que grite lo que quiera y que cante el himno nacional del país que le dé la gana, pero no haga preguntas, no les gustan.

—¿Ah, no? ¿Y quién es el amo de esto? Es para preguntarle a él directamente.

—No lo sé ni me interesa. Sólo sé que es malo hablar; éste es un país muy caliente y si la lengua sale demasiado de la boca, acaba quemándose.

—A ver tu lengüecita…

—¿Mi lengua? —repitió, desconcertada.

—Sí, tu lengüecita. Anda, sácala, quiero verla.

—¡Qué tontería!

Savage le puso las manos en las caderas y la atrajo hacia sí.

—Anda, sácala.

—Si eso te complace…

Sacó la lengua entre sus labios sensuales, algo grandes y meticulosamente pintados.

Savage la mordió suavemente con sus dientes. Ella intentó escapar, pero él no la dejó. Después, la soltó. Ella amagó su lengua y él la besó profundamente.

Zoraida no sólo aguantó la caricia sino que participó y con mucha experiencia y habilidad. No era precisamente una novata.

—Zoraida, soy reportero y quiero poner al descubierto este feo asunto de trata de blancas, especialmente Misses seleccionadas. Si sabes algo, dímelo, ayudarás a otras chicas.

—No sé nada.

Entró otro hombre en el vestíbulo. Era un tipo con aires de irlandés y venía tarareando. Al descubrir a Savage, fue a su encuentro y le puso la mano en el hombro.

—¡Si es el experto budoka!

—¡Hola, McPaul! —saludó, reconociendo al jefe de relaciones públicas de la multinacional petrolera que le había pedido la

exhibición de Judo en el hotel Red Moon.

El recién llegado se volvió hacia la muchacha y preguntó:

—¿Cómo está hoy el cotarro?

—Muy animado, como siempre, señor McPaul.

—Bien, bien. Si no hubiera lugares como éste, ¿de qué serviría trabajar en un país como Kotty? Calor, calor y más calor y nada de alcohol ni diversiones. Esta gente es muy asceta. ¿Lo sabía, Savage?

—Sí; tienen muy arraigado el sentido religioso y viven un poco anclados en sus costumbres medievales.

—Y que lo diga, Savage, si no fuera por el petróleo… Vamos, vamos adentro.

Rebasaron otra gruesa puerta, y la música occidental, fuerte y vibrante, les bombardeó los tímpanos. Aquella música no se podía oír en absoluto en el exterior, ya que se habían tomado toda clase de precauciones arquitectónicas para que las diversiones no trascendieran.

Afuera había la paz y el silencio más absoluto mientras que allí, bajo tierra, los discos eran colocados bajo la aguja de zafiro, al máximo de volumen, y se podían oír carcajadas femeninas y gritos de hombre.

La decoración era árabe, con adulteraciones occidentales, pues había *pósters* de mujeres, y es sabido que los árabes no gustan de imágenes ni retratos; había, también, muchos almohadones y mesitas bajas con fumaderos múltiples que se alargaban como tentáculos en largos tubos flexibles terminados en boquillas.

En un pequeño escenario, una pelirroja que quería pasar por árabe bailaba la danza de los siete velos y ya se había quitado cuatro mientras hacía oscilar su cuerpo sensualmente al ritmo *crack* de una pieza de rock occidental que resultaba tan chocante con el atavío de la chica como con la decoración ambiental; mas, los que allí acudían a divertirse, a disipar su aburrimiento, no se mostraban severos precisamente ante tales incongruencias.

El irlandés le invitó a sentarse entre unos almohadones. Al poco, se acercaron unas chicas.

Todas eran muy bonitas, aunque posiblemente, vistas a la luz del día, no serían tan jóvenes como deseaban aparentar. No obstante, su piel se conservaba tersa y suave, y sus bellezas, bien sostenidas y sin trampa exterior, pues quedaban bien a la vista de los clientes del

Paraíso sin que ellas opusieran reparos, precisamente.

Siguiendo el refrán de: «Allá donde fueres, haz lo que vieres», Savage tomó de la mano a una de las féminas y la sentó junto a sí.

Ella le prodigó una sonrisa de oficio. No parecía tonta y sí algo hastiada, pero cuando se fijó en las pupilas verdes de Savage comenzó a cambiar la expresión de su rostro.

—Eres nuevo, ¿verdad?

—¿Tengo cara de nuevo?

—Si no lo fueras, ya te habría reconocido. Aquí nos conocemos pronto, porque no somos muchos. Después de todo, el Paraíso es sólo para extranjeros residentes y siempre que puedan pagar la diversión a un elevado precio, pues aquí todo es muy caro, y tú no tienes cara de ser un simple especialista de ésos que dicen trabajan como negros sudando al sol, enroscando tuberías para enviar sus petrodólares a la familia.

—Soy reportero.

—¿Reportero, de qué periódico? —inquirió la chica que apoyaba sus exuberantes bellezas contra Savage, sin tratar de ocultarlas sino todo lo contrario.

—Soy un *free-lance*; hago mis propios reportajes y luego los vendo al mejor postor.

—¿Y no pasas hambre?

—Por ahora, no; al parecer, mis reportajes se venden como panecillos recién salidos del horno.

—¿Y has venido a Kotty a hacer un reportaje?

—Sí.

—¿Sobre las costumbres de los koties o acerca de cómo se divierten los extranjeros residentes que chupan el petróleo?

—De todo un poco, y me gustaría saber algunas cositas que podrían resultar interesantes.

—¿Cómo qué?

—Por ejemplo, aquella pelirroja… ¿Cómo se llamaba antes de venir a parar a este Paraíso?

—¿La pelirroja? ¿Por qué ella?

—No importa, puedes ser tú misma. De día no se os ve por la ciudad.

—Si trabajamos de noche, durante el día dormimos. Además, hace mucho calor y no nos gusta salir.

—¿No os gusta o no os dejan?

La chica bajó la voz para decirle:

—Haces demasiadas preguntas, ten cuidado. Aquí todos vienen a divertirse y a contar sus penas, sus nostalgias. Beben, lloran a veces, luego…, ya sabes. Al final pagan y se marchan, y mañana por la mañana no se acuerdan de nada. Ni aunque les abrieras la cabeza con un abrelatas conseguirías que recordaran lo sucedido por la noche, olvidan voluntariamente. Ahora, aquí se divierten, pero en la mañana vuelven a ser honorables y casi puritanos. ¿Sabes que los locales como el Paraíso están prohibidos en Kotty? No se puede hablar de él.

—Lo sé, pero la policía conoce muy bien que esto existe y lo tolera.

—Sí, es que si no, los hombres os cargáis de muy mala uva cuando pasan días y días sin hociquear a una hembra, y aquí, muchos, oficialmente, no tocan a una mujer en seis meses, claro que lo que queda como oficial no es la realidad, por supuesto.

—Precisamente estoy haciendo un reportaje sobre los extranjeros residentes y una cosa interesante es explicar cómo se liberan aquí de su *stress*, y de su mala uva.

—Muy divertido, pero muy peligroso. Si cuentas eso, te pueden dejar chato para toda la vida, y es una pena, porque tienes una nariz perfecta y unos ojos preciosos. No quieras que te los vacíen en el desierto.

—Saldrá publicado fuera de Kotty.

—No importa.

—¿Por qué?

—Porque los que dirigen esto tienen los brazos largos y llegan a todas partes.

—¿Lo dices porque una chica se escapó y la volvieron a traer aquí para castigarla y que las demás vierais cómo lo hacían?

La mujer que no había dicho su nombre se puso pálida, Miró en torno suyo, como temiendo que les hubieran oído, y replicó rápida:

—Yo no he hablado de que se escapara nadie y tampoco de que tengamos que hacerlo.

—¿Por qué no, si estáis encerradas?

—Me voy.

Quiso levantarse, pero él la sujetó por un brazo haciéndola caer

de nuevo sobre los grandes y mullidos almohadones.

La abrazó y besó en los labios mientras con sus dedos le acariciaba las líneas nerviosas de la espalda, tratando de relajarla.

Ella dejó de moverse, quedando a merced de los dedos y los labios el hombre.

—¡Eh, Savage! ¡No me había dicho que también era un maestro en el amor! —rezongó.

Cuando la soltó, la chica le miró fijamente a los ojos y, sería, dijo:

—Por cien libras koties estaremos juntos y solos en una habitación adecuada.

—¿El pago es por adelantado o a la salida? —inquirió Savage, sonriente.

—A la salida.

—Vamos, entonces.

—No, espera, has de pedir consumición. Vendrá una chica con el cabello verde; pídele la consumición y ella lo anotará en un bloc.

—¿Y qué pido para ti?

—Champaña francés, dile que soy Valery.

—Bien, diré que lo carguen a tu nombre, supongo que será tu comisión.

—¿Ves aquella cortina azul del fondo?

—Sí.

—Conduce a un corredor. Busca la habitación «N», da un par de golpecitos y abriré. Mientras tanto, me iré preparando.

—¿Será al estilo del desierto o al estilo occidental?

—Será perfecto para un hombre exigente como supongo lo eres tú, ya lo verás.

Y se alejó hacia la cortina.

# CAPÍTULO IX

—¡Eh, Savage! ¿Quiere un cigarro? —le preguntó McPaul, el irlandés.

—Gracias, pero no fumo, no tengo vicios pequeños.

—¿Pequeños? —Soltó una risita y miró hacia la cortina azul—. Ésa le va a sacar hasta las entrañas.

—¿La conoce bien?

—A todas, hace ya dos años que estoy en Kotty y probando, probando…

Soltó una carcajada que sofocó metiéndose el cigarro en la boca, pero luego tosió.

La camarera de los cabellos verdes se le acercó. Tenía un acusado acento francés y como todas, estaba muy bien dotada por la naturaleza. Sus bellezas saltaban tan a la vista que ella casi las ponía encima de los clientes.

—Brandy Martel y Champaña Viuda Clicquot para Valery, en la «N».

—Bien, señor, gracias.

Sonaron unos aplausos no muy fuertes. La pelirroja del escenario ya no tenía velos que quitarse y saludaba haciendo saltar sus cabellos rojos por encima de la cabeza, como ocultando el rostro y no por vergüenza.

Tras dejar pasar los minutos, Savage se fue hacia la cortina de terciopelo azul y se metió por el corredor.

Vio muchas puertas y todas parecían iguales. Al final, el pasillo se dividía en dos, formando una gran «T». Al otro lado de algunas puertas se escuchaban risitas y palabras en distintos idiomas.

Siguió el lógico orden de colocación de las letras occidentales hasta llegar a la puerta «N» y una vez frente a ella, llamó con los nudillos y esperó.

—Adelante —dijo la voz de Valery desde el interior.

Savage abrió la puerta y vio a Valery en una habitación con escasa luz y donde predominaban los almohadones, los espejos y los tonos rojizos.

Dio un paso hacia el interior, todavía sujetando con la mano el pomo de la puerta y preguntó:

—¿Qué, Valery, ya has cloqueado como una gallina?

—¿Cómo dices?

—Que si el trabajo perfecto va a ser con ayuda de dos gorilas…

Tras decir aquello, golpeó con la puerta hacia la derecha. Dio en la cara a uno de los dos hombres que aguardaban allí, el cual gruñó de dolor.

El otro tipo que Savage había descubierto gracias al espejo, y también a que había intuido una celada, le salió de detrás de un cortinaje, por la izquierda.

En su mano empuñaba un revólver con el que no tuvo ni tiempo para amenazar, porque salió volando por el aire de la patada que Savage le propinó en la mano. Aquel tipo notó un dolor intensísimo mientras Savage le decía a Valery:

—Hasta otra, y gracias por la información.

Valery se puso blanca como la cera y gritó:

—¡Yo no te he dicho nada, nada!

Savage conocía el significado de lo que acababa de decir. Los que controlaban el Paraíso iban a pensar que Valery se había ido de la lengua y la castigarían; era un trabajo que Savage les dejaba a ellos. Después de todo, Valery había hablado, pero a la inversa, para que le tendieran una celada a él.

Seguir en aquel *night club*, auténtico lupanar subterráneo, era una temeridad. Savage ignoraba cuántos tipos había allí para enfrentársele y, por otra parte, estaban armados.

Decidió regresar al local, pero los dos sorprendidos que, paradójicamente, habían tratado de sorprenderle a él, tras reaccionar, salieron en su persecución.

Savage dobló el pasillo. Sus perseguidores hicieron lo mismo, pero Savage estaba esperándoles y les sorprendió de nuevo, enfrentándose a ellos con las manos limpias.

Los dos matones eran de elevada estatura y muy fornidos, posiblemente exboxeadores europeos.

—¡Ahora verás! —rugió uno.

El otro gritó:

—¡Dale fuerte!

Savage supo esquivar los golpes desviándolos con la técnica de *Mushindo*, que desconcertó e irritó a sus atacantes, que no veían la forma del golpearle. En cambio, ellos siempre terminaban contra la pared o el suelo. Luego, deseando desembarazarse de ellos, Savage empleó la técnica del *Tae Kwon Do*.

El Karate volador fue una desagradable experiencia para aquellos dos matones de burdel.

Los golpes con que les castigó Savage fueron demoledores y dolorosísimos.

No quiso aplicarles impactos mortales; sólo pretendía desembarazarse de ellos y con manos, codos, rodillas y pies, les dio una lección que no pudieron digerir bien.

La mano de Savage se estrellaba contra el rostro de uno de los contrincantes, mientras el otro recibía una patada en el estómago…

Para aquellos dos matones, Savage semejaba poseer el don de la ubicuidad, pues parecía estar en todas partes al mismo tiempo. Volaba materialmente de una pared a otra sin tocar el suelo, haciendo actuar sus miembros como elásticos muelles que le impulsaban.

A uno de los dos que parecía resistir mucho, pese a que sangraba por la nariz, las encías, el oído y tosía como si tuviera los pulmones paralizados, lo proyectó con un *Kata-Seoi* de hombros.

El gorila salió despedido contra la pared del fondo en la que se estrelló la cabeza, quedando tendido en el suelo.

Al otro, Savage le dejó inconsciente de un talonazo en el maxilar.

Respiró profundamente, metiendo aire hasta su vientre y llenando su sangre de oxígeno. Ajustándose la chaqueta, abandonó el pasillo cruzando la cortina azul.

En la sala todo parecía normal; los hombres fumaban, sobaban a las chicas o bebían hasta que sus hígados no pudieran más.

Las chicas continuaban en su trabajo en el que parecían muy bien adiestradas.

El techo estaba lleno de humo y la música seguía molestando a

los oídos, pero a aquellos hombres que durante todo el día sólo oían las máquinas de sus oficinas o las extractoras de petróleo, les debía de sonar a cantos celestiales.

Entendió que tenía que salir cuanto antes. Aquel antro subterráneo cuyo nombre era Paraíso y que mejor habría sido llamar el Pañuelo de las Nostalgias, tenía pocas salidas, y Savage sólo conocía una de ellas. Sí la taponaban, se iba a poner todo muy negro para él.

Abrió una puerta y pasó al vestíbulo guardarropa donde tuvo una desagradable recepción.

Allí aguardaban tres hombres. A dos ya les conocía, eran vigilantes de la entrada. El tercero era el irlandés McPaul, y le apuntaba con una pistola provista de silenciador.

—Vaya, volvemos a encontramos, McPaul, ha sabido usted disimular muy bien.

—Una pena, Savage, una verdadera pena. Podía haberlo pasado muy bien con Valery, ella es una profesional con muchas técnicas. Lo ha estropeado, haciendo demasiadas preguntas.

—Hay muchos prostíbulos en el mundo donde si haces preguntas te contestan sin tratar de agujerearte la piel a balazos. ¿Tiene éste algo especial?

—Así será cuando usted se muestra tan interesado. A nosotros no nos gustan los curiosos, y menos los que luego ventilan en los medios de información todo lo que saben.

—¿Quién le ha prevenido, McPaul?

—¿Quién me ha prevenido, a qué se refiere?

—Se ha preocupado mucho de estar cerca de mí. Por eso Valery se ha mostrado tan locuaz respecto a mis intenciones y me tenía preparada la recepción en la habitación «N».

—Será que olfateo a los que buscan problemas.

—Pues no busco más problemas; no me han respondido a ninguna pregunta, me voy y se terminó el asunto.

—No es tan fácil, Savage. Es usted un tipo muy peligroso, lo sé; no se puede airear por ahí que existe en el emirato de Kotty este Paraíso.

—¿Por qué no? Los que pasan por aquí lo contarán luego en sus casas.

—Si están casados o tienen novia, no lo harán.

—¿Y si son solteros?

—Entonces, quienes les escuchen, pensarán que sólo son fanfarronadas. Es como ir a pescar y explicar luego que se ha sacado el pez espada más grande que hay en el océano. El caso de usted es diferente, muy diferente.

—Bien, veo que he perdido. Sólo deseaba averiguar a donde van a parar las Misses que son raptadas cada año, las Misses que son las representantes de la belleza en sus respectivos países.

—Aquí no sabernos nada de Misses.

—¿Ah, no, y el patrón sí lo sabe?

—¿El patrón, qué patrón?

—Vamos, McPaul, que usted no tiene cara de *boss*; no es el patrón aquí. Quizá sea el encargado de cuidar el gallinero, no lo dudo, pero hay alguien más por encima y ese alguien no le va a perdonar que me llene de plomo con su pistolón.

—¿Con esas palabras cree que evitará que presione el gatillo?

—Ése es problema suyo y no mío, McPaul.

—Savage, me siento generoso y le concedo unas horas más de vida.

—Muchas gracias, McPaul, unas horas más de vida siempre son de agradecer.

A un gesto de McPaul, los dos matones se acercaron a Savage con intención de sujetarle, pero éste se movió de lado, oscilando sobre el pie izquierdo. Agarró a uno de los matones por la muñeca, le barrió con un *O-Soto-Gari*, primera llave de pies en Judo, y pasó cayendo por delante de la pistola en el momento en que McPaul, nervioso ante aquella reacción inesperada, apretaba el gatillo.

El matón recibió dos balazos, uno en la espalda y el segundo en la cabeza, mientras caía, al tiempo que Savage saltaba sobre el mostrador del guardarropa. Desde allí, sin detenerse, saltó sobre McPaul golpeándole con los dos pies en plancha, volando materialmente sobre el rostro del irlandés, que salió despedido contra la pared.

El otro matón había sacado una navaja automática con la que pretendió ensartar a Savage cuando éste aún no se había recuperado en La vertical. Más le apretó la mano armada y le giró la muñeca dolorosamente, lineándosela, al tiempo que ya en el aire se encogía sobre sí mismo y le aplicaba un

*Mae-Geri*
con la punta de su pie en mitad de la oreja, poniéndolo fuera de combate.

Savage no quiso ensañarse con los caídos mientras, escondida entre las chaquetas, temblando de miedo, le observaba Zoraida.

El irlandés McPaul se recuperaba en el suelo, con la cara ensangrentada y la nariz materialmente hundida cuando Savage comprobó que la gruesa puerta estaba cerrada con llave. Habían previsto una posible fuga.

Savage no se arredró. Fue al lado contrario del vestíbulo y aspiró aire con fuerza hasta llenar el máximo de su cuerpo.

*De* su interior, de cada célula de su organismo, extrajo su *Ki* y lanzando un *kiai* silencioso, saltó en el aire.

Voló materialmente y estrelló sus pies calzados contra la puerta. Todo crujió y se escucharon multitud de chasquidos. La puerta cedió y partida, destrozada, cayó hacia el exterior arrancada de su jamba.

Savage cayó arrodillado sobre los restos de la gruesa puerta y aspiró de nuevo con fuerza. En aquel ataque contra la puerta se había agotado, mas se recuperó para huir hacia la escalera cuando McPaul disparaba contra él, medio cegado por la sangre. No logró hacer blanco, aunque las balas silbaron muy cerca de M. P. Savage.

Savage desapareció escaleras arriba y McPaul se desplomó, sin poder resistir más, empapando la moqueta con su sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó arriba una voz.

—McPaul te necesita —le dijo Savage sin dejar de subir.

—Ahora voy —respondió el de arriba, descendiendo.

Al llegar a la altura de Savage, éste le tomó por el antebrazo y haló de él al tiempo que le ponía el pie por delante de los suyos. Savage no se entretuvo en ver los resultados de aquel barrido y proyección de Judo hecho en mitad de la escalera; sólo escuchó un grito y luego un chasquido. El vigilante había bajado volando al sótano donde aterrizó de cabeza.

Arriba todo era silencio, un silencio roto por el murmullo del agua.

Caminó aprisa hacia el patio exterior que circundaba el pseudopalacio árabe y fue en busca de su coche.

Se metió en él y arrancó, más cuando enfilaba hacia la puerta,

dos hombres se pusieron ante él con sendas metralletas.

—¡Quieto!

Dando el máximo de naturalidad a su voz, Savage preguntó:

—¿Qué sucede?

—Todavía no lo sabemos, pero quieto —ordenó el que venía por su izquierda.

—Claro que sí, yo no quiero que me apunten con esas metralletas. ¿Deja la policía que los extranjeros tengan armas?

—No haga tantas preguntas —le recomendó aquel sujeto, casi metiéndole el cañón de la metralleta en la boca.

Pero se llevó una sorpresa, porque Savage agarró el cañón y haló de él con fuerza, dirigiéndolo hacia el otro tipo, que también iba armado.

La metralleta, al ser halada, comenzó a tabletear, pues el dedo montado sobre el gatillo hizo presión.

Savage cerró los ojos para que los fogonazos no le quemaran las córneas que protegían sus pupilas. Notó que la mano le abrasaba, pero al otro lado del coche, un hombre lanzaba estertores de muerte mientras la sangre escapaba de su cuerpo a borbotones.

Una rociada de balas se le había metido en el cuerpo y se había ido al infierno sin comprender cómo había podido matarlo su propio compañero.

Quemándole la mano, Savage soltó la metralleta. Tenía que actuar con gran rapidez, ya que bastaba con que el asesino desviara el cañón de la metralleta y su cabeza quedaría llena de plomo.

Los dedos índice y corazón de su zurda saltaron de abajo a arriba en un *Nukite*, como la cabeza de una serpiente, y el tipo rugió de dolor soltando la metralleta que cayó al suelo mientras se llevaba las manos a los ojos, alcanzados por el durísimo golpe aplicado con dos dedos.

Savage pisó el acelerador a fondo. Centró el coche contra la verja y se volcó sobre el volante bajando el rostro y la cabeza. Así agachado, chocó contra la verja haciéndola saltar de sus goznes.

El vehículo, tras vacilar, siguió adelante al recibir un chorro de carburante en su corazón, pues Savage apoyó el pie con fuerza en el pedal del acelerador.

Se quedó sin cristal parabrisas, cuyos fragmentos saltaron encima de él y en parte de la carrocería.

El morro del motor quedó arrugado como el parachoques, que quedó doblado en varios puntos.

Se alejó en la noche. Con los faros apagados, alcanzó una fuerte velocidad por aquel camino que no se podía llamar carretera.

Cuando divisó las luces de la ciudad, se salió de la carretera, ocultándose entre unos muros derruidos. Había tenido una intuición y aguardó.

Al poco, pasaban por delante de él dos potentes *jeeps* todo terreno, llevando cada uno de ellos una escuadra de policías fuertemente armados.

Los focos ordinarios estaban encendidos y uno adicional sobre el techo, en la parte exterior del vehículo, giraba barriendo con su cono luminoso el camino y los aledaños. Buscaba algo o a alguien, mas no iban a encontrarlo; Savage ya había quedado atrás.

# CAPÍTULO X

—No veo que tenga usted ningún rasguño, míster Savage.

Sonrió fríamente al general Ben Sure Abdel y le respondió con naturalidad.

—No comprendo por qué habría de tenerlo.

Savage estaba seguro de que el general no admitiría saber nada de lo ocurrido en el Paraíso, el *night club* para extranjeros residentes.

Allí se habían producido muertes que posiblemente justificarían de alguna forma o como simples desapariciones en el desierto. Admitir que sabía lo ocurrido era tanto como aceptar que conocía el funcionamiento del Paraíso de forma oficial y eso no lo haría jamás, ya que un local semejante estaba prohibido en las leyes de Kotty, muy rigurosas porque en muchos aspectos se fundían las leyes civiles con las creencias religiosas.

—Es que mis agentes han encontrado su coche, quiero decir, el coche que tenía usted alquilado.

—¡Ah, sí! Tenía que dar parte, había desaparecido del *parking*. Quizá lo robaron y por eso lo han encontrado destrozado.

El general sonrió poniendo cara de no tragarse la bola que le endosaba Savage, mas no podía admitirlo de una forma clara y replicó:

—No tenemos delincuencia juvenil en el emirato.

—¿No? A lo peor empiezan a tenerla ahora. ¿Qué pasará cuando un muchacho robe un coche y logren arrestarlo?; ¿le cortarán las dos manos o los dos pies?

—No sea gracioso, no somos tan medievales como pretende, aunque sí he de admitir que nuestras leyes son un poco duras para la mentalidad occidental. Por ello le recomiendo que no cometa ningún delito en Kotty, la Embajada norteamericana nada podría hacer para evitar una dura sentencia.

—Soy buen muchacho y procuraré seguir portándome bien. ¿Acaso tiene alguna acusación contra mí, general? Lo pregunto, porque como me ha citado en su propio despacho un hombre tan ocupado como usted…

—Sabía que es usted un Star-Budoka; por lo menos le llaman así.

—¡Bah, no será tanto! Me gustan las Artes Marciales, no en vano me crié en Okinawa y tuve buenos maestros, tengo que admitirlo.

—No lo pongo en duda. He tenido noticia de la exhibición que hizo ayer.

—¿Por la tarde o por la noche?

Los dientes del general rechinaron sin dejar de sonreír.

—¿Por la noche también hizo una demostración?

—Bueno, fue muy íntima, sólo para unos cuantos.

—¿Y dónde tuvo efecto esa exhibición?

—La verdad, todavía no lo sé, no conozco bien Kotty.

—Sí que es una pena, porque no le queda ya mucho tiempo para calar mejor este mi país. Su permiso ha sido cancelado, ése es el motivo por el que le he citado en mi despacho. Le ruego que no lo tome a mal, hemos estado encantados de tenerle entre nosotros. Elija el país que quiera y en el aeropuerto donde usted aterrice encontrará un automóvil de lujo a su disposición, y en propiedad, como agradecimiento a su estancia entre nosotros.

—Vaya forma más delicada de darme la patada, general.

—Somos muy atentos, hemos aprendido mucho en relaciones públicas. Hoy parte un reactor con rumbo a Nueva York y otro hacia Londres.

—¿Y a París?

—Mañana por la tarde.

—Pues, iré a París.

—De acuerdo —aceptó el general Ben Sure Abdel—. En el aeropuerto de Orly tendrá un automóvil y un miembro de la Embajada de Kotty acudirá a recibirle. Esta noche no se meta en líos, por favor. Le recomendaría que no saliera de su hotel. De cuando en cuando damos batidas para purgar Kotty de nómadas que ni siquiera son koties y que acuden aquí con intenciones poco claras.

—Lo tendré en cuenta y cuidaré de que ninguna bala perdida se meta en mi cabeza; el plomo suele producirme jaqueca.

—Tiene usted mucha serenidad, Savage, pero le aseguro que muchos que se las daban de listos lloraron de desesperación en el desierto. Espero que no olvide mis advertencias; si mañana no toma el avión rumbo a París, será retenido por permanencia ilegal en Kotty.

—No lo olvidaré, mi general, y si en alguna ocasión nos vemos en otro país tendré mucho gusto en saludarle.

—¡Ah, tenga cuidado con lo que escriba acerca de Kotty!

—¿Es una amenaza?

El general se encogió de hombros.

—Tómelo como quiera.

—¿Cree que, fuera de Kotty, también tiene poder de vida y muerte sobre el prójimo?

—El dinero da poder en cualquier parte y a los koties no nos faltan los petrodólares, ¿le parece una buena razón?

—Me parece una razón convincente aunque no sea una buena razón, precisamente. Hasta la vista, general.

Salió del palacio de la Secretaría General de Seguridad. No había ningún taxi cerca y no disponía de automóvil. Hundió las manos en los bolsillos y echó a andar.

—¿A dónde la habrán llevado? —se preguntó, sin hallar una respuesta.

Estaba de pésimo humor.

Cuando había caminado algo más de medio kilómetro, un camión que llevaba pintado en la puerta el nombre de la multinacional petrolera a la que pertenecía, frenó junto a él. Se abrió la portezuela y del interior de la cabina, una voz apremió:

—¡Suba, Savage!

Miró hacia atrás para comprobar si era observado y subió al camión, cerrando la puerta. El vehículo reanudó la marcha en dirección a la ciudad, ya que el palacio del que acababa de salir estaba a las afueras.

—¿Me conoce? —preguntó Savage.

—Sí. Soy extranjero residente, trabajo como capataz en la división de transportes de la petrolera. Bueno, ¿para qué hablar de mí? —le dijo en su mal inglés.

—¿Italiano?

—Sí, uno chapurrea inglés y árabe, cuando se trabaja fuera de la

patria de uno… Le vi en el gimnasio.

Savage observó al hombre que conducía el camión. No era un chófer cualquiera; parecía muy fornido y aún era bastante joven.

—¿No me vio, luego, en otra parte? —preguntó Savage, tanteando la situación.

—Savage, sé que está usted haciendo un reportaje sobre los extranjeros residentes, pero, en especial, sobre las extranjeras. ¿Me equivoco, estoy mal informado?

—¿Le ha informado alguien en particular?

—Puede ser. ¿Qué estaría dispuesto a hacer, por una buena información?

—Depende de la clase de información y de lo que se me pida; después de todo, tengo prisa.

—¿Tiene posibilidades de sacar a alguien vivo de Kotty sin que lo descubran en la aduana? Me refiero a sin que pase por el servicio de policía del aeropuerto o de los muelles.

—Sí, tengo posibilidades. ¿A quién tendría que sacar de Kotty?

—¿Seguro que tiene posibilidades de sacar a alguien? —insistió el chófer, entre ceñudo y vivamente interesado.

—Sí.

—¿Por dónde se iría?

—Por el desierto.

—Eso es un suicidio.

—No, cuando se ha planeado perfectamente. No estoy solo como pueden creer algunos y he tomado mis medidas antes de venir a Kotty y saldré de aquí a mi manera, sin que el jefe superior de Seguridad sepa cómo lo he hecho.

—Creo que puedo confiar en usted, Savage —le dijo el italiano, en su mal inglés—. Voy a llevarle conmigo.

Savage iba a preguntar adónde, pero se contuvo y dejó que le llevaran. El chófer evitó el centro de la ciudad y rodó hacia las afueras. Detuvo el camión, puso el freno y dijo:

—Baje, tenemos que andar un poco.

Savage podía temer una celada de aquel italiano, pero tuvo la impresión de que podía confiar en él. El hombre parecía sincero, espontáneo y vivamente interesado. De vez en cuando, él mismo miraba hacia atrás, como temiendo ser seguido.

Se introdujeron por una angosta calleja de casas muy antiguas,

casas que no habían conocido la funcionalidad de la técnica moderna de la construcción.

Empujó una puerta muy angosta y pasó al interior de una casa donde había otras puertas. Llamó a una de ellas y abrió una vieja kotie, soltando unas palabras en árabe a las que el italiano respondió.

Penetraron en aquella especie de sub-vivienda sumida casi en completa oscuridad, mas luego entraron en otra estancia débilmente iluminada por la luz que se filtraba por un ventanuco. Allí, sentada, había una mujer que Savage reconoció en el acto.

—¡Zoraida!

Efectivamente, era la chica del guardarropa.

—Provocó un cataclismo anoche en el Paraíso —dijo ella.

—Gracias a que usted acabó con los vigilantes y se cargó las puertas, Gina pudo escapar y lo hizo a pie, ocultándose —explicó el italiano—. Yo le había pedido muchas veces que huyera y ella sabía adónde tenía que ir, si lo hacía.

—No podía hacerlo antes, me hubieran castigado de muerte. Son despiadados con las que intentan fugarse. Anoche fue diferente, se creó una confusión; aún no comprendo cómo usted solo y sin armas logró salir de allí como lo hizo. Fue una tempestad y cómo reventó la puerta que habían cerrado con llave… Se lo he contado a Vittorio y casi no se lo cree.

—No importa. De modo que eres italiana, ¿eh?

—Sí, hace cuatro años fue *Miss* Italia.

—Conque *Miss* Italia, lo suponía… —Miró a Vittorio y preguntó—: Se han enamorado, ¿verdad?

Ambos asintieron con la cabeza. Vittorio explicó:

—Dentro de tres meses expira mi contrato y no pienso renovarlo. He ganado el dinero suficiente para montar un pequeño negocio de transportes en mi país, cómo tratar el asunto de los camiones y saldré adelante. Le pagaré lo que me pida por sacar a Gina de aquí.

—No hay forma de salir de Kotty, Vittorio, no hay forma. Ahora ya me estarán buscando —se lamentó la chica.

—No voy a cobrar nada y la sacaré si no me matan antes. Me gustará que sean felices y que tengan bambinos, pero cuando lleguen a Italia, será mejor que no digan jamás que han escapado de

Kotty, porque podrían vengarse los de aquí.

—Es lo que le digo a Vittorio, son muy poderosos.

—A mí me gustaría incendiarlo y dinamitarlo todo, pero creo que no serviría de nada —gruñó Vittorio con las mandíbulas apretadas.

—Le tomarían por un guerrillero terrorista y no por un enamorado colérico —puntualizó Savage. Sacando una fotografía, se la mostró a Zoraida—. ¿La has visto?

—No. ¿Quién es?

—*Miss* Suecia, y si tú no la has visto, la situación se agrava. Yo intuía que las misses desaparecidas a lo largo de varios años terminaban aquí en Kotty; luego descubrí el Paraíso y pensé que era el lugar adonde iban a parar las misses raptadas.

—En el Paraíso sólo estamos las que no hemos sido compradas en el mercado de esclavas o que, después de ser compradas y pasar uno, dos o tres años, hemos sido revendidas. Hay chicas en el Paraíso que podrían explicarle historias que le pondrían los pelos de punta, verdaderas esclavas. Han sido encadenadas, vendidas, humilladas, violadas y utilizadas como objeto de sexo. ¡Terrible, terrible…! —Bajó la cabeza, sollozando.

Savage comprendió que no debía hacer preguntas demasiado personales. Gina debía haber sufrido mucho antes de terminar en el guardarropía del Paraíso.

—Y ese mercado de esclavas del que hablas, ¿dónde tiene lugar?; ¿cuándo se lleva a cabo?

—No se dice, pero en el Paraíso se pueden oír muchas cosas. Yo misma oí hablar a McPaul cuando él creía que yo no estaba cerca y dijo que la próxima subasta de esclavas sería esta noche.

—¿Esta noche? Pero ¿dónde, dónde?

—A bordo de un yate.

—¿Cuál?

—No lo sé, sólo puedo decirle que es propiedad del general Ben Sure Abdel.

Savage suspiró con fuerza.

—Acabáramos. Con razón se sentían protegidos los del Paraíso… Los que vengan a comprar también se sentirán protegidos teniendo a la policía alrededor.

—Si está en el yate y la subastan, esa *Miss* Suecia por la que se

interesa, está perdida. Nada podrá hacer por ella —le dijo Gina.

—Nada está perdido hasta que la muerte se lo lleva a uno. Vittorio, ¿puedo contar con usted?

—Sí —asintió, mientras Gina cogía la mano a su enamorado.

—Entonces, pongámonos manos a la obra.

# CAPÍTULO XI

Desde que había despertado total y conscientemente, Ericka se había maldecido una y otra vez por dejar que *madame* Clochard la engañara de forma tan estúpida.

Al final Savage, el hombre de los ojos verdes, el hombre del que se había enamorado perdidamente, tenía razón.

Había sido raptada y encadenada como una esclava, con cadenas de acero inoxidable, esclavinas y cinturón también de acero del que no podía desprenderse, y tampoco podía salir de la opresiva habitación en que estaba encerrada, una estancia no mayor de cuatro metros cuadrados, con paredes de acero y sin ventana alguna.

Ericka quería llorar y no le salían las lágrimas. Había dejado pasar las horas pensando en sí misma, en su pasado y en su presente, ya que en su futuro no podía pensar, pues ignoraba dónde terminaría.

Había oído hablar muchas veces de la trata de blancas en África del Norte y se había burlado, incrédula e irónica, y ahora ella era la víctima de esa esclavitud.

Creía estar olvidada en aquella especie de celda cuando se abrió la puerta y apareció *madame* Clochard.

Vestía una túnica naranja, llevaba un gran escote y los brazos desnudos. Podía decirse que estaba hermosa. Miró a Ericka preocupada y le dijo:

—Mi pequeña, mi querida pequeña…

Se acercó para cogerle la cabeza, pero Ericka la empujó y la hubiera empujado más fuerte si las cadenas que partían de su cintura no se lo hubieran impedido, limitando sus movimientos.

—¡Bruja, me has vendido!

—Ericka, debes comprenderlo; yo no podía hacer otra cosa. Soy una pieza más en este engranaje. ¡Qué más quisiera yo que tú

quedaras aparte!; podríamos ser amigas, muy amigas.

—¿Amigas? ¡Sucia!

Le escupió al rostro, pero *madame* Clochard parecía dispuesta a aguantarlo todo.

—No ganarás nada enfureciéndote; acepta las cosas como son o será peor para ti. Yo no puedo hacer nada; sin embargo, sé que caerás en buenas manos, tú alcanzarás la más alta cotización de la subasta. Serás llevada al palacio de un riquísimo jeque y serás mimada, ya lo verás, y serás molestada muy poco. Para estos hombres importantes, ricos y poderosos, tú eres un capricho, un capricho caro pero capricho al fin y al cabo. Ellos terminan desprendiéndose de las ya muy conocidas y luego vuelven por aquí. Antes de que caigas en el Paraíso, yo te rescataré, todavía podemos ser felices.

—¡Yo no seré nada, de nadie! ¿Lo has entendido, bruja? ¡A mí no me vendas porque no seré de nadie!

—No pongas dificultades, Ericka, será peor. Alain tampoco podría hacer nada por ti. Él es más importante que yo en esta organización; yo selecciono a las chicas y él lo prepara todo, aunque el jefe tampoco es él.

—¿Quién es, entonces?

—Alguien muy importante. Nunca podrías escapar de Kotty, jamás.

—Conque tenía que ir a Rhodesia, ¿eh? Es más fácil traernos engañadas que meternos dentro de un baúl y empaquetarnos, ¿verdad?

—Con astucia, todo sale mejor.

—Alain Borj es muy astuto, con su cara de buen chico se gana la confianza de todos.

—La verdad es que has estado protegida desde que sin saberlo tú, fuiste seleccionada para venir a la subasta de blancas en el emirato de Kotty. Cuidamos que recibieras buenos contratos y que no fueran ofensivos.

—El concurso de la *Miss* Monde-International sólo es un truco, ¿verdad?

—¿Y qué no es un truco, en este mundo? Vamos, ¿eres tan ingenua para creer que se dan premios porque sí? Cuando no es por publicidad, es porque existen intereses soterrados que nada tienen

que ver con los concursantes. Todo se mueve en torno a intereses. La *Miss* Monde-International obtiene su corona de reina y le llueven premios y contratos, ignorando que es sólo el pretexto para seleccionar a otras chicas tanto o más hermosas que ella. Y la ganadora jamás se enterará de lo ocurrido.

—Sí, mientras para *Miss* Monde-International todo será un sueño, para nosotras, las que hemos sido traídas aquí engañadas estúpidamente por ti y por Alain Borj, será un amargo llanto de lágrimas de sangre.

—Ericka, Ericka, el mundo no acaba aquí. Yo también he pasado tragos muy duros y amargos en mi vida y estoy aquí, aquí.

—¡Muérete, bruja! Si estas cadenas no sujetaran mis muñecas, te mataría, sí, te mataría.

*Madame* Clochard, viendo que no lograría convencer a Ericka, dijo algo que la joven no entendió. Entraron dos árabes que cogieron a la joven por los brazos y se la llevaron a rastras, pese a sus protestas y a su rabia, fue conducida a una salita donde había cuatro chicas más, vestidas y encadenadas como ella. Las cinco se reconocieron y abrazaron y el llanto fue imposible de evitar para todas ellas. Eran cinco misses.

Cerca había varios hombres muy altos, con el torso desnudo y las cabezas rapadas. Eran eunucos que vigilaban atentos.

—Misses, preparaos, que pronto tendréis que salir a la pasarela —advirtió *madame* Clochard, con aire interrogante y casi duro. Se había revestido de una implacable frialdad.

Mientras, afuera en los muelles, entre unos lujosos automóviles perfectamente aparcados, apareció un enorme *camión-tráiler* cargado con una cuba de dieciséis toneladas en la que transportaba gas propano.

Los potentes focos barrían el muelle. Alguien gritó en árabe, pero los que viajaban en el camión hicieron caso omiso. El ruido del pesado camión, maniobrando en primera marcha, resultaba atronador.

Los que vigilaban el orgulloso y esbelto yate de lujo, observaron el camión con recelo, pero pensando que era una carga requerida para el yate, no hicieron nada extraño, aunque sus manos estaban listas para actuar. Sin embargo, ninguno sería tan estúpido de disparar contra un camión cuba, que transportaba gas propano.

El conductor del gran camión maniobró dando la vuelta al vehículo, colocando la parte posterior encarada con la escalerilla del yate. Fue retrocediendo lentamente hasta que los árabes comenzaron a chillar, viendo que las ruedas llegaban al borde del muelle y la cuba cargada del explosivo gas se metía contra la pasarela que ascendía al yate.

Se abrió la puerta del camión y descendió un hombre muy alto vestido de árabe.

Lo primero que hizo, antes de bajar, fue propinar un *Mae-Geri* en la cara del árabe que allí estaba, gruñendo por la presencia del camión. El pie le dio debajo del mentón y lo hizo saltar por el aire.

Un compañero suyo se lo miró, pero ya el falso árabe estaba abajo. Tras él apareció algo que al otro vigilante le dejó perplejo. Era un ser de más de dos metros de estatura y ciento ochenta kilos de peso. No se le podía ver la cara, pero cualquiera habría jurado que era japonés.

El árabe no pudo reflexionar, al respecto; había poca luz y menos pudo ver después, cuando fue agarrado por unas manos poderosas, alzado en el aire y arrojado al agua entre el yate y el muelle. La mala suerte para él es que quien le lanzó lo hizo estrellándole la cabeza contra el casco de la nave, y al caer al agua no pudo pedir socorro.

Rápidamente, los falsos árabes, M. P. Savage y Ricky, subieron por la pasarela teniendo que sortear la cuba de gas que les protegía de las miradas de los hombres que permanecían junto a los lujosos y poderosos automóviles que allí aguardaban y que pertenecían a multimillonarios jeques del emirato de Kotty y de otros países vecinos que habían acudido a la subasta, convocados periódicamente por el general Ben Sure Abdel.

De este modo, el ambicioso y codicioso general no sólo ganaba dinero, sino complicidades y futuros apoyos políticos, pues en su mente bullía la idea de ser algún día la cabeza dirigente del emirato multimillonario en petrodólares.

Savage y Ricky se movieron con rapidez. No había demasiadas luces en el yate y tal como fueron apareciendo tripulantes y guardianes, se desembarazaron de ellos con golpes de Karate, silenciosos y efectivos, máxime para quienes no estaban preparados

para aquella lucha y confiaban excesivamente en sus armas de fuego.

—Ericka Dower, *Miss* Suecia —anunció la voz de *madame* Clochard, hablando en francés—. Virgen auténtica, grácil y dotada con las mayores bellezas que pueden adornar a mujer alguna.

—¡No seré de ninguno de ustedes, puercos repugnantes! —rugió Ericka, que se sentía desnuda ante los ojos de aquellos individuos sentados en almohadones y que la observaban con mucha atención.

La violenta protesta semejó espolear a los jeques, acostumbrados a comprar esclavas. Para ellos, la situación no tenía mayor trascendencia que satisfacer un caro capricho.

Uno de ellos levantó su mano como ofreciendo una cantidad ya fijada de antemano; no hizo falta que puntualizara nada. Otro jeque levantó su mano tras él. La puja había comenzado.

—*Miss* Suecia es muy bella. —Fue diciendo *madame* Clochard.

Acercándose a la joven, le abrió el chalequito para que pudieran admirar mejor, sin obstáculos, los bellos y altivos senos de la muchacha.

Más, la budoka sueca no le pasó aquella cochinada a *madame* Clochard y le propinó un *Empi Uchi* en el estómago. El codo se hundió seco y con fuerza y *madame* Clochard se tambaleó.

Antes de que cayera, Ericka se volvió hacia ella tratando de alcanzarla con un golpe mortal, mas las cadenas se lo impidieron. Intentó asestarle una patada y tampoco pudo. Optó por brincar con los pies juntos y golpear con los talones el pecho de la bruja que la estaba subastando.

Aquel ataque que dio con *madame* Clochard en el suelo, donde quedó tendida, resultó un espectáculo fascinante para los participantes en la subasta.

Los eunucos se acercaron a Ericka para sujetarla. Las otras cuatro misses, sentadas en un banco, observaban la energía con que se defendía Ericka cuando entraron en el salón del yate dos hombres que vestían como árabes pero que no eran tales.

—Lamentamos interrumpir —dijo M. P. Savage—, pero afuera hay un camión cuba con dieciséis toneladas de gas propano y tiene una carga de plástico que será activada por un detonador de tiempo. Cuando la carga de plástico estalle, dieciséis toneladas de propano explotarán junto al casco del yate. ¿Piensa alguien que este

barquito de lujo va a resistir?

Todos quedaron pálidos de terror. Se levantaron, y no tardaron en echar a correr hacia el exterior. Uno de ellos, vestido de árabe y al que Savage no tardó en reconocer, les miró con un odio especial.

—Buenas noches, mi general, volvemos a encontrarnos en el yate de su propiedad. Ya veremos qué opina el mundo y los defensores de los derechos humanos cuando se enteren de esto, porque yo lo voy a publicar.

—¡No lo conseguirás, cerdo!

Sacó una pistola, pero algo pequeño voló por el aire…

Era un pequeño disco de acero con cantos muy afilados. Ricky acababa de lanzar un *shuriken* que tocó justo el cuello del general, cortándolo.

Éste se llevó las manos a la garganta, sin soltar la pistola, y la sangre le saltó a borbotones entre los dedos. Cayó al suelo, prácticamente degollado.

—¡Savage! —gritó Ericka, al reconocerle.

—¡Vamos, fuera, todas fuera!

Una figura que trataba de escabullirse y que no era árabe fue descubierta por Ericka que la señaló gritando:

—¡Es Alain Borj!

Alain Borj, al verse descubierto, desenfundó un puñal árabe con empuñadura de oro y hoja muy brillante y afilada.

Moses P. Savage le hizo frente mientras Ricky, con sus manos y empleando golpes secos, hacía saltar las cadenitas de acero inoxidable que sujetaban muñecas y tobillos de las misses.

El cuchillo trató de alcanzar a Savage, pero éste lo esquivó una y otra vez hasta que pudo aplicarle un golpe de pie en los genitales. Alain Borj cayó al suelo con la boca abierta pero incapaz de gritar. Savage se le acercó y poniéndole el pie sobre el tórax, a dos palmos de altura, gruñó:

—Tú te quedas aquí.

Bajó el pie con un golpe seco, propinándole un *Na-kato-Geri* de talón contra el pecho, justo sobre el corazón. Alain Borj no volvió a moverse.

—¡Afuera, afuera! —gritó Savage a las chicas.

En el yate reinaba gran confusión. Se oían muchos gritos en árabe, pero nadie osaba disparar.

De pronto, desde la cabina del camión al que en vano habían tratado de acercarse unos árabes, Juanito Chancleta gritó, a través de un megáfono a pilas:

—¡Un solo disparo y volará la cuba de gas! ¡En quinientos metros a la redonda no va a quedar nadie vivo!

Los jeques se habían refugiado en sus coches y apremiaban a los chóferes para que se alejaran cuanto antes mientras en la ciudad, dada la alarma, comenzaban a oírse las sirenas de los coches policiales.

El camión comenzó a moverse, pero sólo la cabina: La cuba había sido desenganchada y se quedaba allí.

De pronto, por un extremo del muelle apareció otro camión con los faros encendidos con la luz intensiva. Era un camión de caja de acero reforzada para cargar piedras.

Se detuvo junto al otro camión y Savage ayudó a las chicas a subir a su interior.

Dos árabes se les acercaron con sendos puñales y Ricky se encargó de ellos, rompiéndoles la cabeza al estrellar una contra otra.

Se abrió la puerta de la cabeza del camión cuba y Juanito Chancleta saltó al segundo camión. Mientras, el que acababa de abandonar sin chófer, mediante unas maderas aplicadas al acelerador, enfiló, rugiendo, hacia los automóviles de lujo, arrollándolos con el gran poder de su motor.

Mientras el camión se alejaba y en medio de una caótica confusión, se escuchó una gran explosión y el cielo nocturno de Kotty se tiñó de rojo.

El yate que estaba al lado de la cuba, convertida en gigantesca bomba, escoró bruscamente hacia abajo y se hundió en pocos minutos tras haber perdido parte de la torreta y todo lo que había en cubierta.

El camión conducido por Vittorio se adentró en el desierto.

Junto a él viajaba Zoraida y en la caja, tras ellos, las cinco misses, el japonés Ricky, Juanito Chancleta y Moses P. Savage.

—Savage, ¿cree que podrán escapar? —preguntó Vittorio a través de la ventanilla que unía la caja con la cabina.

—Un poco apretaditos, pero creo que sí. Dentro de tres meses se podrá reunir con su Gina pero mientras tanto, yo ya habré

publicado todo lo sucedido aquí con nombres y datos. Chicas, ¿verdad que me lo contaréis todo?

—¡Sí! —Fue la respuesta unánime.

—Savage, Savage, ¿por qué haces todo esto, por qué te arriesgas tanto? —preguntó Ericka, abrazada a él.

—Me sería muy fácil responder que por ti y no te mentiría, pero es que cuando me entero de algo sucio, no puedo resistirlo y no paro hasta descubrirlo al mundo. He tomado fotografías del yate y del Paraíso y tengo un montón de datos que, bien ordenados, constituirán un espléndido reportaje que escalofriará al mundo y por lo menos en unos cuantos años nada de lo ocurrido volverá a suceder en el emirato de Kotty.

—¿Piensas vender caro el reportaje?

—Sí, muy caro.

—¿Con afán de lucrarte, es por eso?

—¡Oh, no! Es que tengo un lugar llamado Liberty Garden que resulta muy duro de costear. Allí hay unos muchachos que confían en mí y no puedo defraudarles. Ellos serán los que luchen contra la injusticia en el futuro.

—Savage, ¿me llevarás a tu Liberty Garden?

—Quizá, algún día.

Se besaron con fuerza e intensidad.

A casi doscientos kilómetros, en el interior del desierto, había una tienda disimulada.

Bajo ella aguardaba un poderoso automóvil de tres ejes y seis ruedas con suspensión y tracción independientes, el depósito lleno de carburante y unos bidones de plástico suplementarios para cuando hiciera falta más combustible.

Vittorio, tras besar apasionada y desesperadamente a su amada Gina, les vio alejarse.

El «Daymio», repleto de gente aunque no parecía acusarlo, se adentró más en el desierto, en busca de la frontera, mientras en Kotty se hablaba de un accidente fortuito.

Según explicaban las emisoras locales, un camión cuba de propano había estallado mientras estaba siendo descargado en los depósitos de un yate particular. Aún no se conocía el número de víctimas, pero se suponía que sería elevado. Varios coches lujosos aparecían destrozados y el yate estaba hundido.

**Fin**



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio. Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudett o Silver Kane. Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir. La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos sólo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués. Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas. Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror. Una de sus novelas del oeste, Cinco mil dólares de recompensa, fue llevada al

cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein. Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas…

# Notas

[1] **Energía vital.** < <

[2] **Kotty es un supuesto emirato del Golfo Pérsico que vive casi exclusivamente de su producción petrolífera. País pequeño e independiente en el que tienen grandes intereses multinacionales del mundo del petróleo. Este país, por razones de ética, es imaginario, aunque existen otros muy parecidos en la misma área. (N. del A.)** < <

[3] **Saludo.** < <

[4]**Camino o Vía hacia la perfección.** <<

[5]**Para conocer mejor qué es Liberty Garden, léase el primer capítulo de la novela *Con el sudor del prójimo*. M. P. Savage 1, publicada en esta misma colección.** <<